mérida
me inspira

Novela para niños que incursiona en los terrenos de la tanatología, al tiempo que explora diferentes maneras en las que sus personajes aprenden a volar, de manera tanto metafórica como literal. La historia conlleva un sentido homenaje a ***El principito***, de Antoine de Saint-Exupéry, y a ***Canek***, de Ermilo Abreu Gómez, entre otros estupendos libros de ficción infantil y juvenil cuyos personajes también vuelan. Apta para lectores de ocho años en adelante.

ISBN 978-1-62915-447-3
90000
9 781629 154473

mérida
Cómo aprendí a volar
Fer de la Cruz

# CÓMO APRENDÍ A VOLAR

Fer de la Cruz

libros en red

# Cómo aprendí a volar

# Cómo aprendí a volar

Fer de la Cruz

Con ilustraciones de Claudina López de la Cruz

AYUNTAMIENTO DE MÉRIDA
2018-2021

mérida
me mueve

libros en red

www.librosenred.com

Dirección General: Marcelo Perazolo
Ilustraciones: Claudina López de la Cruz
Imagen de cubierta: Claudina López de la Cruz

Obra ganadora de la convocatoria Fondo Ediciones y Coediciones Literarias 2019 del Ayuntamiento de Mérida a través de la Dirección de Cultura.

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de cualquier forma o de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, registro u otros métodos, sin el permiso previo escrito de los titulares del Copyright.

Primera edición en español - Impresión bajo demanda

© LibrosEnRed, 2020
Una marca registrada de Amertown International S.A.

ISBN: 978-1-62915-447-3

D.R. © Ayuntamiento de Mérida, 2020
Calle 59 Núm. 463 por 52 y 54 Centro
CP 97000, Mérida, Yucatán, México

Para encargar más copias de este libro o conocer otros libros de esta colección visite www.librosenred.com

AYUNTAMIENTO DE MÉRIDA
2018 - 2021

Lic. Renán Alberto Barrera Concha
**Presidente Municipal**

Lic. Alejandro Iván Ruz Castro
**Secretario Municipal**

C. Diana Mercedes Canto Moreno
**Regidora Síndico Municipal**

Lic. Arturo León Itzá
**Regidor Presidente de la Comisión de Cultura**

Lic. Karla Vanessa Salazar González, M.A.P. y D.H.
**Regidora integrante de la Comisión de Cultura**

Mtra. Nora Argelia Pérez Pech
**Regidora integrante de la Comisión de Cultura**

Lic. Alejandrina León Torres
**Regidora integrante de la Comisión de Cultura**

M.B.I. Fausto Alberto Sánchez López
**Regidor integrante de la Comisión de Cultura**

Antrop. Irving Gamaliel Berlín Villafaña, D.C.I.
**Director de Cultura**

ACTA DICTAMEN

En la ciudad de Mérida, Yucatán, siendo las catorce horas del día lunes catorce de octubre del año dos mil diecinueve, se reunieron en las oficinas de la Dirección de Cultura del Ayuntamiento de Mérida, ubicada en el predio macado con el número 463 de la Calle 59 cruzamientos con las calles 52 y 54, Colonia Centro, de esta ciudad de Mérida, Yucatán, los C.C. Rubén Reyes Ramírez, Carlos Martín Briceño, Maria Teresa Mezquita Méndez, Nydia Margarita Robleda Moguel, y Celia Esperanza Rosado Avilés, miembros del Comité del Fondo Editorial del Ayuntamiento de Mérida, con la finalidad de emitir el dictamen correspondiente como resultado del análisis de las obras literarias que fueron recibidas de la Convocatoria del Fondo Ediciones y Coediciones Literarias, por lo que proceden a emitir el siguiente:----------

LAUDO

Después de un minucioso análisis de los 38 (treinta ocho) trabajos recibidos como respuesta a la Convocatoria del Fondo Ediciones y Coediciones Literarias emitida por el Ayuntamiento de Mérida a través de la Dirección de Cultura, este Comité, apegándose al espíritu de dicha convocatoria, se determina la publicación de las 09 (nueve) obras seleccionadas que se mencionan a continuación:

1. *¿Dónde están todos?* / Novela (*Seudónimo,* Aprilis)
2. *Despedida a una musa y otros despedidos* / Cuento (*Seudónimo,* La dama del lago)
3. *La perra que conoció el mar* / Cuento (*Seudónimo,* Ojos de perro azul)
4. *Antología de aventuras y una que otra muerte* / Cuento (*Seudónimo,* Cleopatra)
5. *Sabotaje de la Ch más otros dos poemarios neoquevedianos* / Poesía (*Seudónimo,* El cura y el barbero)
6. *Como aprendí a volar* / Novela infantil (*Seudónimo,* Glücksdrache)
7. *Como un sonoro arroyito. Textos periodísticos sobre cultura yucateca* / Periodismo cultural (*Seudónimo,* Uno de tantos)
8. *Crónicas del arte, la creación e identidad yucatanenses* / Crónica (*Seudónimo,* Noé del Corral)
9. *Prius est esse quam taliter ese, La disputa por el descanso dominical en Yucatán* / Ensayo (*Seudónimo,* Capitaine Nemo)

Las obras seleccionadas presentan una estructura sólida y coherente, así como un uso de lenguaje adecuado, ortografía y estructura de redacción correctas. En todas ellas encontramos rasgos de originalidad y, en su conjunto, abarcando los distintos géneros, este jurado considera que las nueve obras seleccionadas son un buen ejemplo del estado de la producción literaria en Yucatán y cumplen con los requisitos de calidad para considerar su publicación y en consecuencia ser las seleccionadas de esta convocatoria.

En mérito del dictamen de antecedentes, es procedente hacer la apertura de las plicas ganadoras contenidas en el presente dictamen en los términos de la Convocatoria del Fondo Ediciones y Coediciones literarias, por lo que no habiendo más asuntos que tratar, se da por terminada la presente actuación, siendo las catorce horas con treinta minutos del propio día, mes y año, firmando de común acuerdo los integrantes del Comité del Fondo Editorial del Ayuntamiento de Mérida para todos los efectos legales conducentes.

NOMBRE Y FIRMAS DE LOS INTEGRANTES DEL COMITÉ DEL FONDO EDITORIAL DEL AYUNTAMIENTO DE MÉRIDA

C. RUBEN REYES RAMÍREZ

C. CARLOS MARTÍN BRICEÑO

C. MARIA TERESA MEZQUITA MÉNDEZ

C. NYDIA MARGARITA ROBLEDA MOGUEL

CELIA ESPERANZA ROSADO AVILES

*"Que el viento bajo tus alas te conduzca adonde el sol navega y la luna camina".*

Gandalf el Gris, *El Hobbit*, de J.R.R. Tolkien

*"Siguieron caminando y cuando llegaron al horizonte empezaron a ascender".*

*Canek*, Ermilo Abreu Gómez

*"será para ti como si todas las estrellas riesen"*

*El principito*, Antoine de Saint-Exupéry

# 1. Las vacaciones de verano

## LUCÍA

Gustavo era casi un año mayor que Arturo pero estaban en el mismo grado. Pasaban a sexto. Ambos aprendieron a volar pero de maneras diferentes. Fue Arturo quien me dijo cómo. Ese verano yo salía de cuarto. Durante todo el año, los tres caminamos juntos a la escuela. Gustavo, como todos los hermanos mayores, no dejaba que me juntara mucho con ellos, pero en el camino a la escuela no le quedaba de otra. A mí me gustaba escuchar sus conversaciones porque aprendía un montón de cosas útiles: las abreviaturas en los mensajes de texto como ntp (no te preocupes), ntc (no te creas), ak (acá), kks (¿qué quieres?), lol (reírte a carcajadas, en inglés), etc.; las claves para crear smileys y emoticons (o sea, caritas felices, tristes y de todo tipo en el facebook o en el celular); el significado de que alguien fuera un geek, un emo, un hípster... Todo eso era nuevo para mí. Pero además hablaban sobre de qué se trataba éste o aquel libro que leía Gustavo, y las diferencias entre los superhéroes de los cómics originales y los de las películas. Arturo era el que leía cómics, manga y todo tipo de novela gráfica que cayera en sus manos. Los dos eran expertos en ese tipo de cosas, pero Gustavo no las compartía conmigo; sólo con Arturo.

Arturo tampoco me hacía mucho caso al principio. Yo era la niñita a la que no dejaban caminar sola en la calle, y de la

que tenían que estar pendientes cada vez que había que cruzar. Pero los oía y aprendía mucho. Llegando a la escuela o a mi casa, hasta tomaba apuntes en mi diario. Con mi buena memoria, me acordaba muy bien de las cosas importantes. Así, en las siete cuadras de la casa a la escuela o de regreso el tiempo volaba, aunque no tan rápido como cuando los sucesos se leen en un diario ya mucho después de que ocurrieron.

Si me preguntas por qué hoy escribo todo esto y reviso mis diarios sin que sea tarea ni obligación, te diré que porque ese verano nos cambió la vida a todos. Fue a partir de entonces que los tres aprendimos a volar.

## GUSTAVO

Arturo, imagínate que Supermán regresara a su planeta y lo encontrara completamente restaurado, como si nunca hubiera explotado en centillones de pedazos; y que viera a sus papás, a sus abuelos y al resto de la familia a la que no había conocido. Allí tal vez no tendría superpoderes, pero podría volver a la Tierra de vez en cuando para visitar a sus amigos humanos; supongo que le darían permiso. Sería una buena historia para un cómic, ¿no crees? Al final, podría resultar que sólo fue un sueño de Kal-El —su nombre kryptoniano— pero, por unos segundos antes de despertar completamente, justo en el crepúsculo, podría pasar que no quisiera abrir los ojos, como no aceptando que de veras fue un sueño... y resulta que no lo fue; algo así como cuando Harry creyó que sólo había soñado la visita de Hagrid en la que le revelaba que era un mago y que era famoso y que se lo iba a llevar a una escuela mágica en la tierra de los magos, y que allí sus papás eran unos héroes y existían los giratiempos y las capas de invisibilidad.

¿Llegaste a leer *El principito* que te regalé para tu cumpleaños? Desde que mi abuelo me lo prestó una tarde, me lo acabé todo de un tirón. Fue la vez que pasaste por mí para ir a la





escuela y yo me había quedado dormido, y por mi culpa a ti también te regañaron por llegar tarde, y Lucía me odió porque a ella también la regañaron porque los tres llegamos tarde por mi culpa y casi nos cerraron la reja aunque corrimos la mitad del camino; pero es que, la noche anterior, no pude dormirme hasta terminarlo y luego lo volví a empezar hasta que me ganó el sueño cuando ya iba a amanecer.

Mi abuelo va a cumplir 58 años; ya está viejito pero le encanta lo que yo leo. De hecho, hace tiempo me dijo que le prestara algún libro que me hubiera gustado mucho, así que le presté el que acababa de leer: *El inventor de juegos*. Se lo leyó en dos días. Me dijo que estaba escrito en tres actos como los guiones de cine y me habló de plot points y un montón de cosas más de por qué le había gustado. A mí me gustó que esa escuela horrible se hundiera por completo y para siempre. Después le di *El dador* cuyo final lo enterneció tanto que casi pude leer su corazón. Luego de picarse con Harry hasta terminar los siete libros (se tardó como dos meses en los que se volvió todo un potterhead), me comentó que en la secundaria iba a entender mejor la historia terrible de la Segunda Guerra Mundial, si comprendía bien la ideología maligna de Lord Voldermort y sus métodos para infiltrarse en los periódicos y en la SEP de la tierra de los magos y otras de sus oficinas de gobierno, echándole leña al fuego a los antiguos odios y temores en la gente. No sé qué sea la Resistencia Francesa, pero dijo que Harry y sus amigos eran como ella. Después de todo ese tiempo, me dijo que le gustaron mis recomendaciones, que de hecho le gustaron muchísimo pero que, además, debía leer los que él dice que son clásicos. Sacó varios libros de su librero y los apiló en un cerro, se les quedó viendo un rato y agarró el más chiquitito que había quedado encima. Con su sonrisa dulce de siempre me dijo algo así como "empieza por éste, mijo, que a veces los libros más pequeños son de los que más aprendemos", y me dio *El principito*.

Está súper-padrisísimamente-mega-cool; insisto en que lo leas. Cuando se lo devolví, lo volvió a poner en mis manos porque dice que es uno de esos libros que uno debe tener consigo toda la vida, li-te-ral, pero yo ya había comprado mi propio ejemplar nuevecito, que es el que te regalé sin haber abierto, todavía con el celofán puesto. Es más, ni siquiera era tu cumpleaños. Y creo que lo asentaste en un rincón de tu escritorio y quedó sepultado bajo cerros de cómics y más cómics. Y creo que ahí sigue en su envoltura.

Ve: *El principito* se trata de un piloto que no puede volar. No, espera, es mucho más interesante que eso. Más bien se trata de un niño que se la pasa volando de un planeta a otro hasta que llega a la Tierra. Había pasado por un planeta habitado por el Señor Presidente de ese planeta, quien decía que todas las estrellas eran suyas. En otro planeta había creo que un abogado que quería tranzarles las estrellas a todos los demás. ¡Ja! Tu papá es abogado pero no creo que sea tranza, y qué bueno porque, si lo fuera, estudiarías en el Montessori V.I.P. o en alguna escuela de religiosos millonetas y seguramente no nos habríamos conocido ni seríamos amigos. El caso es que el principito llega a la Tierra y ahí se hace amigo de este piloto que no puede volar porque su avión está echado a perder. Y, para complicar las cosas, están en medio del Sahara y no tienen agua. Y allá creo que hace más calor que aquí. Y, pues, el piloto tiene que ver la manera de hacer que el avión arranque para poder salir de allí con vida, ¿te imaginas?

Hablando de la Segunda Guerra Mundial, abuelo una vez me dijo que el autor de *El principito* fue un piloto de verdad en esa guerra, aunque no combatía, sino que hacía vuelos de reconocimiento, y que le gustaba mucho leer y meditar mientras volaba él solito.

Y hablando de volar, ¿ibas a construir un papalote, verdad? ¿Ya lo volaste?





## ARTURO

Gustavo:

Soñé que me contabas cosas sobre aquel libro delgadito que me regalaste. Seguro soñé con eso porque me da un poco de culpa que siga allá en mi escritorio nuevo y sin abrir. Me habrás leído el pensamiento desde dentro de mi sueño.

¿Cómo te va en el DF? Digo, en Ciudad de México o Ce-de-eme-equis o como se llame ahora. Lástima que tus papás no te hayan dejado quedarte a pasar la temporada con nosotros, que porque tus tías querían verte y todo eso. Aquí la pasaríamos requetedivertido. En cambio, yo solo me aburro. Nada más me dejan jugar el play o Star Wars media hora en la mañana y media en la tarde, y mi mamá me mide el tiempo con la alarma de su celular. Como estamos frente al mar, por lo menos puedo salir cuando quiera, pero casi no hay nadie de nuestra edad en las casas del rumbo.

Sólo me gusta meterme al mar en las mañanas que el sargazo está asentado completamente en el fondo. Eso sí, tengo cordeles, anzuelos y plomadas, aunque desde la orilla no hay tan buena pesca como en los tiempos de mi papá, según me dice.

Qué curioso: me preguntaste si estaba haciendo un papagayo; namás que me saliste con tu chilangada de decirle papalote, ntc :D

Te estoy escribiendo esto a mano (hasta el smiley) para mandártelo como carta porque aquí en Chelem no hay e-mail ni internet ni nada (ni siquiera tele) y mi mamá tampoco quiso que trajéramos computadora, para que no se llenara de arena. Sólo mi papá trae la suya cuando viene en la noche pero la saca un rato, a veces, para hacer sus cosas del trabajo y la vuelve a meter a su estuche. Y no, no es abogángster. Ahora está defendiendo a unos maestros que demandaron a la SEP infiltrada por mortífagos, pero sólo le pagan si gana la demanda.

Es buena idea la de hacer un papagayo. Voy a juntar chilibes (varitas de palma, para que entiendas) y le voy a pedir a mi pa-

pá otro carrete de cordel de pescar. Y papel de seda. Y luego le digo a mi mamá que me ayude a hacer engrudo. Ahí te platico en mi siguiente carta.

También me dijiste algo de un piloto que no podía volar. Yo voy a pilotear mi papagayo padrísimo, vas a ver. Aquí hay una brisa más fuerte que la que hay en Mérida o la que debes de tener en el DF, digo, allá en tu ciudad Megametrópolis.

¿Volaste hasta allá, verdad? Qué genial. Yo nunca me he subido a un avión. Ahí me cuentas. Ah, y cuando regreses no se te olvide tomar muchisísimas fotos desde la ventanilla. Por lo pronto, ahí me como un helado de coco o las "ricas y sabrosas cremitas de coco-bolis de coco-pay de coco-cocos bien helados-hasta las puertas de su hogar-agüitá, agüitá-decocó, decocó-quiero que me des tu sabor-me muero de sed", de los que se oyen a un año luz de distancia y ya se acercan... a tu salud.

## LUCÍA

Con el tiempo llegué a aprender todo sobre superhéroes. Las preferí, por supuesto, a ellas, las heroínas: Storm, Sarah Connor, Lara Croft, Chihiro, Hermione, Katniss, Neytiri (la princesa Na'vi de *Ávatar*), la mujer invisible (tanto la de *Los increíbles* como la de *Los 4 fantásticos*) y algunas más clásicas como Batichica, *Wonder Woman*, *Candy Candy*, Mina Harker (la de *Drácula*) y las Chicas Superpoderosas (yo era Bellota). Ah, y la princesa Leia (de *Star Wars*). Ah, y mi tocaya Lucy Liu que da espectaculares patadas voladoras.

Nunca me agradaron las muñequitas Barbie japonesas, en parte por fresas. Preferí siempre a Chihiro, o a Sofie (la de *El fabuloso castillo vagabundo*), o a Belle (de *La bella y la bestia*). Hermione siguió siendo mi favorita y le admiré su perseverancia y el hecho de haber viajado en el tiempo para poder estudiar más. Fue muuucho después que supe de Sorjuanita (la supersticiosa de los billetes de doscientos) y de su tocaya





Juana de Arco (la supervaliente a la que luego hasta hicieron santa cuando ya para qué).

Mi verdadero héroe, en realidad, siempre fue y será mi hermano Gustavo, aunque me haya hecho llorar tanto. Arturo, en cambio, nunca fue mi héroe. Él siempre fue algo más interesante: Arturo resultó ser mi antihéroe.

## GUSTAVO

¿En qué planeta viven los jedi luminosos del final de la primera trilogía? Imagínate, Arturo, que Luke Skywalker visitara ese lugar para encontrarse con Anakin (que ya fue rescatado del lado oscuro), con Yoda y con Obi Wan. Ese lugar no debe de estar lejos de Krypton ni del asteroide del principito.

¿Y por lo menos ya abriste *El principito*? Hay una parte en la que tiene mucha sed y el piloto lo lleva adonde hay un pozo de agua fresca. Después de eso, cada vez que el principito mire la Tierra desde su asteroide, se acordará de la refrescada que se dio tomando el agua de ese pozo. Supongo que más bien vería nuestro sol como un puntito brillante entre el montón de espirales galácticas y fuerzas gravitacionales y agujeros negros, pero estos últimos no se ven.

Si yo me fuera de la Tierra y pudiera contemplarla desde lejos, ¿qué me recordaría? ¿Nuestra escuela que no se ha hundido y en donde los festivales y desfiles son más importantes que las clases? Hmmm, no. Bueno, sí recordaría nuestras caminatas a la escuela contigo y con Lucía, cuando brincábamos los charcos de la lluvia o teníamos que desviarnos media cuadra para rodearlos y poder cruzar la calle.

Y recordaría las idas al cine. Me acuerdo de todas las películas que fuimos a ver. *El juego de Ender* con Han Solo, o más bien con el actor de Han Solo. La historia se parece mucho al libro, que es mejor, obvioooo. Ah, y *El inventor de juegos* donde sale el hermano del actor de Voldemort, que cambiaron demasiado del libro. Pero en la película *La historia interminable* de plano se comieron la

segunda mitad de libro y eliminaron todo lo que Bastian aprende para aceptarse a sí mismo; se requetepasan. Ésa la compró mi mamá porque se acordaba de cuando era chica, y la vi en blu-ray. ¿Te acuerdas de cuando entramos al cine a ver *Birdman* pensando que era algo nuevo del universo cinemático de los superhéroes? Ahora que lo pienso, no sé cómo nos dejaron entrar. Fue divertido ver cómo la gente se salía del cine a la mitad, pero a mí sí me gustó. Y, para que veas, al final... Eso es volar.

Guy también vuela. Es un personaje como de nuestra edad, de otro libro que me dio mi abuelo: *Canek*. También me lo regaló y también te compré uno nuevo. Lo compré bajo tus narices una vez que fuimos al cine y te dije que tenía que parar en la librería de la plaza; sólo que no pensaba dártelo hasta que hubieras terminado de leer *El principito*. De hecho, está en mi librero. Y, como vino sin celofán, hasta le puse una dedicatoria para ti. Pensaba dártelo, ése sí en tu cumpleaños, pero falta mucho. Y pensaba convencerte de que leyeras antes *El principito*. Para dejarte picado, te diré que al final Guy de veras vuela, nomás que no te digo cómo aprende.

Sí. Al ver el puntito de luz que sería la Tierra, recordaría a Lucía, te recordaría a ti y recordaría nuestras tardes de películas y cómics, y también a los personajes de las películas, de los cómics y de los libros, aunque algunos no vuelen; y las palomitas con mantequilla y las cremitas de coco que comimos la vez que te acompañé a Chelem con tu familia y nos pusimos a bailar en la carretera de arena con la música de los vendedores, que casi hasta aquí se oye.

Hablando del cielo, ¿cómo va tu papalote, papagayo o como le quieras decir?

ARTURO

Gustavo:

Te sigo escribiendo en las hojas que sobraron del cuaderno de matemáticas, para darle buen uso porque aquí





en la playa he hecho de todo menos matemáticas; total, es mi materia más fácil. En ésa sí te gano. Me acuerdo de las cosas que dices, como cuando nos dejaron entrar a esa película que era para adultos, pero de los libros que mencionas sólo conozco las películas que vimos o que me prestaste. ¿Cómo me pudiste decir tantas cosas en un sueño tan corto justo antes de abrir los ojos?

Mi papá me trajo lo que le encargué. Desde la mañana que le dije: "Papá, tráeme..." vi su cara... pero se tranquilizó cuando oyó que era algo que se encontraba en cualquier papelería (papel de seda) y luego en cualquier tlapalería (cordel de pescar), y luego en cualquier heladería (helado de chocolate) pero ese último no lo trajo. Hoy volvió temprano así que me dio tiempo de hacer el papagayo antes de que oscureciera. Lo hice pequeño, como tamaño carta sólo que cuadrado. Mi papá me recomendó usar el mínimo de engrudo porque pesa. Es un papagayo minimalista, según dijo mi mamá. Me hizo pensar en los *turixes* que vuelan muy fácil porque están ligeritos. Libélulas, les dices.

Salimos a volarlo enseguida. Mi papá me ayudó a hacer la cola con retazos de la franela que guarda en la guantera del coche y que donó para la causa de la aviación playera, y salimos a volarlo. Él agarró el papagayo contra el viento y yo detenía el cordel pasándolo por el dedo como cuando espero a que pique el pez vela gigante que siempre estoy a punto de pescar. Cuando lo soltó, el papagayo subió, dio tres vueltas grandes y se estrelló en la arena; y eso que no hacía mucho viento, a pesar del oleaje. Le pusimos más retazos de franela en la cola y luego no se elevaba, pero le encontramos el peso justo y el papagayo voló. No voló muy alto ni muy estable, pero libramos la palmera y fue divertido. Se veía bien bonito, blanco con la cola de franela roja contra el cielo completamente azul y libre de cables, aunque con los trazos de turbinas jet dibujados en varias direcciones.

Me quedé pensando en lo chidísimo que sería poder subirme a un papagayo enorme y ver las casas desde arriba, y ver hasta la ría detrás de la carretera, y ver si tiene flamencos o lagartos, y ver pasar pelícanos y garzas y gaviotas debajo de mí, como si estuviera buceando en el aire.

Bueno, después de eso, el papagayo dio otra pirueta en el aire y se volvió a estrellar contra la arena. Esta vez se le rompió el chilib transversal. Pero valió la pena. Enrollé el cordel, guardé la cola y me senté a ver la puesta del sol con mis papás, hasta que los moscos nos corretearon de vuelta a la casa.

En la noche, estaba jugando futbolitos en la feria con mi papá y le pregunté qué son los sueños, así como cuando sueñas que alguien te dice que leas algo... como tú comprenderás. Me dijo que no sabía y que la que sabía todo era mi mamá (eso me dio mucha risa), y que además ella leía de esas cosas. Pues le pregunté a ella y me dijo que tampoco sabía a ciencia cierta, pero que unos dicen que soñamos lo que deseamos mucho o las situaciones que estamos viviendo o que nos preocupan. Luego, mencionó que igual hay quienes piensan que las cosas que soñamos son símbolos de lo que va a pasar y que uno tiene que aprender a interpretar esas predicciones (súper cool). Que ella no cree en eso pero pues que quién sabe. Luego me dijo de algo que leyó hace poco, sobre la idea de que los sueños son una forma de entrenamiento evolutivo. Ve: Según esto, durante las pesadillas, nuestro cerebro nos pone en situaciones de peligro para prepararnos. Explicó que, si el cavernícola soñaba que lo perseguía un león, eso lo preparaba para no paralizarse del susto a la mera hora, y así poder reaccionar rápido cuando de veras se le apareciera el león. Y que por eso todavía soñamos que nos persiguen leones y cosas así. ¿A ti cómo te suena eso?

Mañana voy a hacer un papagayo más grande y le voy a dibujar un león, para que no se rompa. Como diría Obi Wan, podrá romperse el chilib, ja, pero no la voluntad. Bueno, no sé si lo diría él pero lo digo yo.





## LUCÍA

Aprendí a ser fuerte como las superheroínas, aunque no enseguida aprendí a volar como ellas. Es curioso cómo la vida tiene momentos muy tristes y de mucha alegría al mismo tiempo, como que luego de mucho tiempo en el que no pasa nada interesante, de repente pasa todo a la vez. Creo que es en esos momentos cuando una adquiere superpoderes, y no importa si se dispone de magia o artefactos futuristas o instrumentos de tecnologías obsoletas, lo que cuenta a la hora no es lo que una tiene sino lo que una hace con lo que tiene y aquello en lo que una se convierte a través de sus actos y sus decisiones.

*Aprendí a ser fuerte como las superheroínas, aunque no enseguida aprendí a volar como ellas.*

Aprendí que con las páginas de la vida una puede hacer avioncitos de papel, y que si una ráfaga inesperada hace caer una página al suelo o si se moja en un charco de la acera o con la lluvia, la vida trae muchas páginas más. Son páginas

en blanco; una simplemente continúa escribiendo en la página del día lo mejor que puede, para mantenerse en el vuelo que, a la larga, resulta ser eterno.

Nada me había preparado para la ventisca que estaba por llegar. En la escuela te enseñan cosas útiles pero nada sirve para esto de mantener el vuelo. Y da mucho miedo cuando no sólo te echan viento, sino que te avientan a algún precipicio salido de la nada, pero es justo entonces que te salen alas propias.

Como dije, Gustavo era el mayor, pero fue al mismo tiempo que los tres, de repente, crecimos a la edad en la que salen las alas.

GUSTAVO

Arturo, ¿qué sabemos realmente de los superhéroes y de los ángeles, y del lado bueno o el lado oscuro de la Fuerza, y de los extraterrestres y los agujeros de gusano entre las dimensiones del Cosmos y del Universo o de los Multiversos...?

La historia de Guy es parecida a la del principito. Éste se hace amigo del piloto y Guy se hace amigo de Canek, un adulto bueno como el piloto. Así se llama el libro: *Canek*. No sé si sea para niños, pero mi abuelo me lo leyó y me lo regaló de todas formas.

En una parte, Guy le pregunta a Canek: ¿Jacinto, es cierto que los niños se convierten en pájaros? ¿Y es cierto que los niños se convierten en flores? ¿Y es cierto que el cielo es el jardín del Cosmos? ¿Y es cierto que los pájaros son flores que despiertan? Y Guy despierta y tiene alas y Jacinto Canek lo toma de la mano y ambos navegan por las curvaturas del espacio-tiempo, y seguro que se encuentran con el principito y con Ender y con Luke Skywalker y con el maestro Yoda y con Dumbledore y James y Lili Potter.

Pero el piloto no se pone tan triste cuando el principito regresa a su asteroide porque el principito es muy risueño, y le dice al piloto que él se va a estar riendo siempre de felicidad en su asteroide, y que cuando el piloto mire hacia arriba en la





noche estrellada, sabrá que uno de esos puntitos brillantes es el asteroide donde el principito se estará riendo, pero no sabrá cuál, así que el piloto va a tener estrellas que lo harán reír. El piloto tendrá estrellas como nadie. Lo vas a leer, ¿verdad? ¿Me lo prometes? Y vas a ver que un día, el piloto va a despertar y no va a necesitar de su avión para volar hasta el asteroide del principito y los dos se van a reír juntos. Lo importante es reír. Hay que reír. Y a veces, para saber hay que despertar.

Arturo, hay que despertar. Despierta.

ARTURO

Gustavo:

¿Por qué todas las madrugadas he estado soñando que me hablas? Sé que los sueños de por sí son raros pero éste es todavía más raro precisamente por eso, porque no es raro ni hay lugares raros ni pasan cosas raras ni me dices cosas raras. Bueno, esta vez sí me dijiste cosas raras, pero eso tampoco es raro porque tú siempre dices cosas raras.

En la mañana le pedí a mi papá que trajera de Mérida varitas de madera para hacer un papagayo más grande. Me trajo unas varitas de plástico resistentes y súper ligeras que quién sabe de dónde sacó. Esta vez él lo hizo conmigo. En lugar de papel de seda usamos una bolsa de basura anaranjada, de esas que son grandes y muy delgadas y ligeras. Pegamos las partes con pedacitos de cinta mágica. Voló padrísimo, sobre todo porque esta tarde hizo más viento. Se aporreó algunas veces y la cola se atoró en la palmera pero la desatoré con jalones del cordel, y las varas y la bolsa y la cinta mágica resistieron ese traqueteado primer vuelo.

¿Por qué te sueño, Gustavo? Y, además, ¿por qué recuerdo muy bien todo lo que me dices? Es raro recordar los sueños en detalle; parece como si estuvieras aquí mismo platicando conmigo y diciéndome cosas sólo cuando estoy a punto de despertar, justo cuando está a punto de amanecer. Y despierto. La cosa es que no me doy cuenta de que estoy soñando hasta

que despierto. Y la cosa también es que no suelo despertar a esa hora excepto cuando pongo la alarma de mi cel y salgo a pescar. Además, sólo he soñado contigo en estos últimos días. No es que no sea muy padre que me platiques cosas, pero sí es raro. Y aquí en la playa, como no hay señal, ni siquiera te puedo mandar un WhatsApp. ¿Tú has soñado algo así? Cuando nos veamos de a de veras, te reto a que me cuentes sueños raros para que hagamos un concurso de quién sueña cosas más raras. ¿Será que tú sueñes conmigo diciéndote cosas raras?

Parece que se termina mi estancia en la playa antes de tiempo. Mis papás se quejan de que la SEP no ha fumigado las calles de arena. Digo, no la SEP sino el ayuntamiento de esta playa de muggles que carecen de magia antimosquitos. Está lleno de moscos y mi mamá tiene miedo de que nos dé dengue o chikungunya o algo peor. Imagínate que los mosquivampiros me chuparan toda la sangre hasta dejarme hecho un esqueletizombie; le comería los sesos a la maestra de inglés con todas sus conjugaciones. Pero mientras eso sucede, tengo que empacar.

Oye, cuando vuelvas tenemos que ir al parque a volar papagayos; es divertidísimo. Ahí nos ponemos repelente. Propongo que hagamos un papagayo muy grande que soporte el peso de mi celular, para que podamos filmar cómo se ven las azoteas desde lo alto, algo así como si fuera un dron de esos carísimos con camarita que jamás en la vida nos van a comprar. Aquí estoy dibujando un esquema del papagayo que diseñé y, en la otra página, el detalle de cómo aseguraríamos el celular con bolsas reforzadas y cinta mágica, acojinado por si se aporrea. El celular iría abajo, como lastre, en lugar de cola. También podemos usar un celular viejo que hay en la casa, por si las moscas. Va a ser interesante tratar de volar un papagayo con ese peso. A ver si podemos. Si no, lo traemos a Chelem un domingo que vengamos con mis papás. Pues ya está. Te voy a enseñar a volar papagayos. El cielo será nuestro, diría Han Solo.



# 2. El regreso a clases

## LUCÍA

Siempre es emocionante ir en avión. Gustavo y yo volamos a Ciudad de México una mañana de cielo despejado. A mí me tocó ir en ventanilla, y cuando Gustavo amenazó bromeando que me iba a quitar de mi asiento, mamá lo puso en su lugar (literalmente en el asiento entre ella y yo) sencillamente porque a mí me había tocado ventanilla en un wan-ken-pon a la primera de la que ella misma fue réferi.

Gustavo siempre era bromista, incluso ese día, a pesar de que desde temprano se veía desganado y le dio mucho trabajo levantarse. Siempre me consentía. Bueno, casi siempre. Como era más alto, igual alcanzaba a ver la ventanilla del avión pero yo era la que tenía la vista panorámica. Por suerte, el ala no nos tapaba mucho la vista.

Fue como que volara por primera vez, aunque no lo era, pues cada verano volábamos a México a visitar a mis tías. Pero la sensación no deja de ser única: Al avanzar el avión cada vez más rápido por la pista, una fuerza empuja el cuerpo hacia el respaldo. Me imagino la que deben soportar los tripulantes de los transbordadores espaciales en el despegue. Luego, se deja de sentir la vibración de las llantas cuando se despegan de la pista. Flotamos en el aire como en una alfombra mágica. Mamá y Gustavo se pusieron a hojear las revistas. A mamá le interesaron los artículos sobre destinos

para viajar en esa aerolínea y a Gustavo, los objetos en el catálogo de ventas por internet. Pero a mí me atrajo más ver la tierra desde las alturas.

Nos alejamos de Mérida y, más allá de la alfombra verde de la vegetación, apareció la costa de encaje blanco. Ahí debía de estar Arturo bañándose en el mar o pescando o trepando techos y palmeras o meciéndose en su hamaca de colores. O tal vez viendo el cielo, divirtiéndose con el trazo que las turbinas de nuestro avión iban dejando como gis en el pizarrón azul del cielo. Y se veía el mar. Vi una plataforma petrolera. No sabía qué era pero mi hermano me lo dijo, y que los petroleros se tienen que cuidar de los piratas posmodernos que llegan a asaltarlos en sus lanchas tiburoneras. Y volvió a cerrar los ojos. Esa es la función de los hermanos mayores: saberlo todo.

Y se veían los barcos diminutos. Yo pensé que eran las lanchas tiburoneras pero, cuando lo volví a despertar, Gustavo me aclaró que eran cargueros enormes y que las lanchas eran invisibles desde nuestra altitud, pero que podríamos detectarlas por su estela, como los cometas en la atmósfera terrestre. Y Luego de un tramo largo y aburrido, vi la costa otra vez. Luego, montañas. Mamá señaló el Pico de Orizaba, más grande que cualquier otra montaña, con su punta helada con helado de coco. Para entonces, Gustavo ya estaba en su quinto sueño, aunque no dejaba de moverse. Casi al final del vuelo, mamá señaló el Popocatépetl humeante, también con nieve encima. Después vi la maqueta enorme de la zona metropolitana de Ciudad de México, con sus edificios pequeñitos. Al descender se me taparon los oídos como si estuviera en el fondo de una piscina o en el espacio exterior viendo cometas. El sobrecargo me dio un chicle para que se destaparan. Gustavo parecía un extraterrestre de lo pálido que estaba. La ciudad se hizo más clara y bajamos cada vez más hasta que sentimos el golpeteo de las llantas sobre la pista, y el avión seguía avanzando rapidísimo y nuestros cuerpos se hicieron hacia adelante como en una nave espacial llegando a su base hasta que se detuvo por completo.





ARTURO

Pues, Gustavo, te sigo escribiendo en la cuadrícula del cuaderno viejo de matemáticas porque en tu casa no hay teléfono fijo y tú no has visto mis Whats Apps. Tal vez te habrán robado el celular en el metro. O tal vez lo hayas dejado aquí en Mérida, que no me extrañaría. Pero qué raro que no hayas llegado de México si mañana entramos a clase. ¿Ya te compraron tus materiales de sexto?

¿Pues qué crees? El sábado que fuimos a la librería llena de gente, le pregunté a la señorita si tenían *Canek* y *El principito* y sí, los tenían, y hasta los fue a buscar, pero le dije que no los quería porque ya los tengo, aunque sólo me hayas dado uno. La señorita y mi mamá me miraron feo.

Comencé a leer *El principito*. Es diferente que los cómics pero también me gusta. No, no era presidente el que creía que todas las estrellas eran suyas sino rey. Y el otro bandido no era abogado sino creo que vendedor... Me gusta cómo el piloto describe lo que se siente ser un niño en un mundo de adultos, pero cuando te vea te platico más de lo que pienso del libro porque no he avanzado mucho. Yo no soy tan geek como tú y me tardo más en leer.

Mañana los espero a ti y a Lucía para que caminemos a la escuela. Y, a la salida, podemos venir por el papagayo que hice para que lo vayamos a volar al parque, ¿va? Sí, ya sé que no te dejan salir sin haber hecho la tarea, pero la hacemos y vamos. Bueno, la hacemos, jugamos Xbox y vamos. Pero vamos de veras, porque quiero enseñarte a volar papagayos. Éste está mucho más padre porque consulté tutoriales en YouTube (tecleé "kytes"), aprovechando que aquí sí hay internet. No entendí mucho de lo que decían en inglés, pero las imágenes eran cla-

ras y tomé idea para mi súper papagayo. Entonces, mañana te lo muestro y lo volamos.

LUCÍA

Gustavo llegó tiritando. Mamá dijo que estaba hirviendo en calentura. Llegamos al departamento de mi tía y le pusieron trapos fríos en la frente. Él, como si nada, se reía conmigo mientras tiritaba. Hasta me preguntó si vi el Popocatépetl. Y me preguntó si vi la torre Latino y no sé cuántas otras cosas.

Mamá le preguntó si le dolían los huesos, pero de lo que se quejó fue de dolor de cabeza, que le iba a reventar como palomita de maíz, y dijo que se sentía muy mal por todos lados. Mientras decidían si llamar a un doctor o llevarlo a una clínica, le dieron una pastilla y Gustavo se durmió. Ese día no supe más. Se lo llevaron a Urgencias. Al día siguiente, entre llantos de mamá y de las tías, comentaron que lo que tenía era dengue, y que el dengue que tenía era hemorrágico, y que la aspirina le adelgazó la sangre y le causó un sangrado interno que no se pudo detener, pero que cómo ibas tú a saber, manita, que no fue culpa tuya, oí que se decían, que no era culpa de nadie, que era momento de ser fuerte, que le pidiera fortaleza a Dios, que él sabe por qué hace las cosas... Y yo no entendía lo que pasaba pero intuía que era algo muy malo.

Ni Thor ni Spider-Man ni los 4 fantásticos ni el Chapulín Colorado, si lo hubiéramos invocado como último recurso, habrían podido hacer nada por mi hermano. En ese momento, yo no pensaba en superhéroes ni en superheroínas. Sólo quise ser chiquita y perderme en un doblez del suéter de mi hermano Gustavo, pues ni sabía dónde lo tenían ni por qué no podía verlo, en tanto los adultos daban vueltas desesperados por todas partes y se ocupaban de no sé qué trámites, y mamá no paraba de llorar y me ponía más triste verla, y las tías se abrazaban y me abrazaban, y al día siguiente y los días siguientes, tía Carmen me llevó a Chapultepec donde los chapulines de





veras son colorados, y a Papalote Museo del Niño donde supe que *papalotl* significa mariposa, a las aguas cochinas de Xochimilco, a la dichosa torre Latino, al mercado de Coyoacán con sus coyotes de piedra... Y cuando pedí ir al cine, me llevó sin contradecirme y vimos *Los 4 Fantásticos* pero yo quería ver a mi hermano y quería que él me explicara cosas que no entendía de la película (tía Carmen no sabía nada de superhéroes), y creo que fui la única que vio la película llorando.

ARTURO

Gustavo:

Llegué de clase empapado por la lluvia y completamente sin fuerzas. Lo único que pude hacer fue echarme a dormir, así empapado. Me dormí toda la tarde para no pensar en nada y sentir todavía menos. No quiero que sea verdad. Gustavo, ¿de verdad te moriste?

Antes de la salida, la directora entró al salón para decirnos que un compañero nuestro... Que fue en Ciudad de México... El ruido de los chorros de agua de los bajantes del techo sobre el cemento del piso no dejaba escuchar. Que fue por dengue hemorrágico y que todos estaban consternados, y que a dos maestras les dio chikungunya, más no sé a cuántos niños de diferentes salones, y que se iba a fumigar toda la escuela, y que usáramos repelente, y que no tiráramos bolsas de sabritas en el piso porque el viento las lleva al fondo del patio y acumulan agua de lluvia donde brotan mosquitos, y habló de ti como alumno modelo por tus calificaciones y por tu conducta, y que iba a haber una misa no sé cuándo y no sé qué más.

Hoy los muros y rejas verdes y las columnas y cenefas verdes me parecieron más grises que nunca. Tú eres mi mejor amigo desde primero, el que me da ánimos, el que me explica cosas complicadas, el que me da consejos para no ser tímido con las niñas y al que iba a enseñar a volar papagayos.

Te fuiste volando como el principito. Terminé el libro anoche; eso quería contarte, y te iba a pedir el otro libro, el de Guy que dices que también aprende a volar. Entonces, dime, ¿es cierto? ¿Y ya los viste? ¿Ya conversaste con Luke Skywalker o sólo me has visitado a mí en mis sueños? Pero ya no te he soñado. ¿Y a tu abuelo, también lo visitaste? ¿Y a tu mamá? ¿Y a Lucía? ¿Ya conociste a tu papá?

Vi una niña nueva muy bonita. No la reconocí. Supe que no era ninguna niña nueva, sino que era Lucía, cuando vi que tu mamá la iba a buscar. Cambió en el verano. Es más alta, tiene el pelo recogido y camina como niña de secundaria. Tal vez sólo sea que estoy acostumbrado a verla reír y brincotear. Tenía los ojos tan hinchados que ni siquiera me vio. Mañana temprano voy a pasar a tu casa a buscarla, aunque me tenga que alejar dos cuadras de la escuela, y le voy a ofrecer acompañarla caminando, para que no tenga que ir tu mamá. ¿No te molesta, verdad? Tal vez con ella pueda conversar sobre cómics y sobre *El principito*. No tengo ningún otro mejor amigo más que tú. Tal vez con ella pueda ir al cine y volar papagayos. Y tal vez ella me cuente cómo fue todo y cómo es que volaste a tu asteroide y ya no regresaste más que en sueños.

*Y tal vez ella me cuente cómo fue todo y cómo es que volaste a tu asteroide...*

## LUCÍA

Sonó el timbre cuando menos lo esperaba, abrí la puerta nomás, sin recordar las recomendaciones de mamá, y vi a Arturo. Me le eché encima y lloré abrazándolo. Lloramos juntos. Sí, él también lloró en ese momento aunque lo niegue. Vino mamá, se puso de rodillas y nos abrazó a los dos. Así estuvimos un rato largo. Mamá se levantó, me llevó de la mano a la cocina y me senté a la mesa. Llamó a Arturo y le dijo que se sentara con confianza, como lo había hecho tantas otras

veces. Hice a un lado el plato con huevos revueltos y el vaso de jugo de naranja. Agarré el café de mamá, le puse un chorro de leche y me lo tomé a sorbos lentos. Mamá no me detuvo. Le preguntó a Arturo si él me acompañaría a la escuela y me traería de regreso y él movió la cabeza para indicar que sí. Y nos fuimos sin hablar.

A la mitad del camino, lo tomé de la mano sin que él se resistiera; de hecho, apretó la mía suavemente y luego me la acarició con el pulgar. En el recreo, me trajo un sánguch y un chocolate a mi salón donde estaba yo sola sin ganas de salir. Me mostró ambos y me dijo que escogiera. Le indiqué con un movimiento de cabeza que no quería ninguno y él dejó los dos en mi pupitre, me acarició la espalda por medio segundo y volvió a salir. Esa caricia era justo lo que necesitaba. Me dio apetito para dos o tres bocados. Me comí medio sánguch. Luego, a la mitad de la clase, comí cuadritos del chocolate a escondidas. Las dos buitras buscapleitos y acusonas de mi salón me vieron cuando abría la envoltura del chocolate pero no tuvieron corazón para decir nada. O, más bien, las dos buitras sí tuvieron corazón después de todo. Cuando sonó el timbre de salida, me acerqué a ellas y les regalé el triangulito de sánguch que quedaba y los cuadritos de la mitad del chocolate. Y les dije gracias. Aprendimos a respetarnos desde eso y ya no les digo buitras ni ellas me dicen… como me decían.

Luego, ahí estaba Arturo esperándome. Lo volví a tomar de la mano todo el camino de vuelta. Nadie se atrevió a hacer ningún tipo de burla cuando nos vieron tomados de la mano. Al pasar por su casa, comenzó a hablar. Me dijo de una cometa que tenía y que si la quería volar con él. No dijo "cometa" sino "papagayo". Yo no sabía qué era eso pero pensé que era un pájaro, así que le pedí que lo dejara libre. Él se rio y me dijo, pues, que era un papalote. "Ah, una cometa", respondí. Fue la primera vez que reí en todos esos días.





Llegamos a mi casa y él me dijo que si podía ver el cuarto de Gustavo. No veía por qué no. Estaba justo como él lo había dejado. Dijo que había un regalo para él. Buscó un libro del librero, lo abrió y leyó algo escrito en la primera hoja. Se puso junto a mí para mostrármelo. Decía: "Arturo, te regalo este libro para que aprendas que, al final, todos podemos volar. Gustavo".

## ARTURO

Eres canalla, Gustavo. Leí *Canek*. Le tomé cariño a Guy. No podía creer lo que leía, siendo que tú me habías dicho, y hasta me habías escrito en la dedicatoria, que ese niño volaba. Tuve que desvelarme para ver que, efectivamente, voló al final; voló al firmamento con su amigo Jacinto, donde seguramente ambos se habrán encontrado con el principito y su rosa.

Me gusta cuando Guy salva a los conejos, y cuando se echa en la tierra a mirar las nubes que son algo así como las casas de los fantasmas, y cuando quiere ver las estrellas desde dentro del pozo, y cuando recuerda a su mamá, y cuando logra que Exa coma, porque era una niña melindrosa, y, sobre todo, cuando Guy encuentra el modo de regalarle los colores del arcoíris. Tienes razón, más tarde se vuelve libro para grandes pero no pude dejar de leerlo, aunque ya no entendiera todas las palabras y haya subrayado muchas de ellas para buscarlas luego en algún diccionario en línea.

Pero eres canalla por haberme hecho leerlo sabiendo que iba a chechonear como un chiquito. Allá donde estés sigues siendo canalla, y te lo escribo medio lloriqueando por Guy y por mi amigo canalla. Y tu abuelo es canalla también, por haberte regalado este libro del que jamás harán película, espero, porque seguramente lo echarían a perder. Bueno, habría que verla. Me cae tan bien tu abuelo aunque no lo conozca... Y tú eres el mejor de los canallas. Y te extraño. Tú también me sigues cayendo bien, en el asteroide donde te encuentres.

A tu mamá le pareció bien que llevara al cine a Lucía. Desde hacía tiempo que yo era como de la familia para ella (para ellas dos, en realidad). Quiso darme dinero pero yo no acepté; le dije que mi mamá me había dado suficiente, lo cual era mentira pero tenía mi gastada completa. Total, que el dinero se lo dio a Lucía y nos suplicó que cruzáramos las calles con cuidado y tomados de la mano. La plaza comercial estaba a la misma distancia que la escuela pero en otra dirección. Y nos dijo que llegáramos antes de que oscureciera o que la llamáramos para que nos fuera a buscar. Le dio un beso a Lucía y uno a mí también. Creo que ve algo de ti en Lucía, por supuesto, pero también en mí porque tú eras mi broder. Eras como el hermano mayor que nunca tuve. Hasta la fecha tu mamá es una segunda madre para mí. Y sí, hasta hoy le digo tía. Tía Lushi.

Las opciones en cartelera: Basura, basura, basura, aburrido, basura en español, basura con subtítulos, más aburrido, basura parte 2, *Los cuatro fantásticos* y equis. Le pregunté a Lucía qué quería ver y escogió la equis: *Intensamente*, que en realidad no estuvo nada equis. Estuvo padrísima. Quise pagar como me dice mi mamá que hace un caballero, pero Lucía insistió en pagar ella misma su boleto. Compramos palomitas, chocolates y refrescos e insistió en pagar la mitad. Así pudimos atiborrarnos más de la cuenta. Y a los dos nos gustan las palomitas acarameladas, sólo que ella se vio hípster cuando pidió té de durazno, y yo pedí otro en vez de refresco. Fue buena idea. Desde ese día, sólo eso pido.

A la salida del cine todavía estaba claro, pues técnicamente septiembre sigue siendo verano. Mientras caminábamos de vuelta, Lucía me dijo que con razón se había estado sintiendo justo como Riley, se detuvo y me abrazó, me dio las gracias por llevarla al cine, se paró de puntitas para darme un beso en la mejilla, y me jaló suavemente para que siguiéramos caminando mientras me pedía que le hablara de mis cómics favoritos. ¡Chispas! Yo también me sentía como Riley pero no





se lo dije. En vez de eso, le hablé de Spider-Man, de Hellboy y de los X Men. Me preguntó de Frodo, le dije que ése no era de ningún cómic que se consiguiera pero que tú tenías las tres partes de la novela original en tu librero, además de El Hobbit y de las dos trilogías de las películas. Me dan ganas de irlos leyendo, aunque me lleve todo el año. Se los voy a pedir prestados a tía Lushi.

Cuando llegamos a tu casa, pensé que Lucía me iba a besar otra vez y deseé que lo hiciera; sólo me dijo "hasta mañana" y se metió. Pensé que ya me había curado de la timidez, amigo. Entiendo la culpa que tuvo Harry con Ron cuando se enamoró de su hermanita Jeannie.

No sé por qué te pongo esto, pero quería que el reloj se adelantara como con un giratiempo invertido y ya fuera lunes para ver otra vez a Lucy y caminar con ella a la escuela. Todavía no me curaba de la empalagada que me di con los dulces y palomitas acarameladas en el cine y recordé lo que tu abuelo había dicho de que lo bueno se disfruta más de a poquitos, así que esperé al lunes y ya, aunque no creo nunca empalagarme de la sonrisa de Lucía.

## LUCÍA

Gustavo me hizo llorar mucho, como ya dije, pero sólo cuando se fue. Lo extrañé como nunca había extrañado ni imaginé extrañar a nadie. Pero sólo por eso. No se molestaba cuando yo entraba a su cuarto para ver su colección de diferentes cosas y me dejaba ayudarlo a ordenar sus libros. Me consentía mucho. De su gastada me compraba chocolates. Una vez, me puse a ver un plato de adorno que estaba en la sala y decía algo con letras raras y que no sé quién le había traído de no sé dónde a no sé qué tía no sé en qué época, pero sí sé que se me cayó y se rompió. Gustavo me dijo que me calmara, me leyó una fábula diciendo que era griega igual que el plato, recogió las astillas y las metió a una bolsa de súper y me insistió en que

no me preocupara, que un plato sólo era un plato y nada más que un plato. Cuando llegó mamá, le dijo que se le había roto a él por pasar corriendo por la sala. Mamá puso cara triste. Dijo que era el plato de Atenas de la tía Finita. Él dijo que lo pagaría con sus gastadas, pero mamá sólo lo abrazó y le pidió que tuviera más cuidado. Mamá agarró la bolsa y la tiró a la basura. Y final de la historia. Así es mamá. Y así era Gustavo, mi superhéroe favorito. Y me leyó más fábulas.

Era más bien cuando estaba Arturo que me hacía a un lado porque ellos dos hablaban asuntos de grandes como libros, películas y cómics, y él sentía que yo no estaba a la altura de la conversación, aunque no me lo decía.

Arturo, mi antihéroe, con él fui a ver a abuelito. Él mismo me pidió que lo llevara. De hecho, ambos me lo pidieron por separado. Ese día, abuelito no nos leyó ningún cuento. Nos hizo limonada y nos sentamos en la mesa de la cocina. Le pidió a Arturo que se presentara, le hizo preguntas de su familia, de sus materias favoritas, de sus pasatiempos, de si tenía mascotas y lo escuchó muy atento. Por supuesto que sabía quién era porque Gustavo siempre le hablaba de él, pero nunca lo había conocido en persona.

Gustavo todavía acababa de morirse por lo que los tres hablábamos como agotados, hasta abuelito. Para distraernos de nuestra tristeza, nos llevó al patio para que acariciáramos a sus dos conejas, "las infantas doña Elvira y doña Sol", nos dijo, las dos enormes y suavecitas, una moteada como pieza de dominó y la otra toda blanquita. Y nos mostró a sus pericos australianos Aliosha, Cheshire, Petronio, Enrico y el Capitán Flint. Eso nos hizo mucho bien. Arturo nunca había acariciado a un conejo, pero dijo que le había llamado la atención uno color canela de orejas caídas en la tienda de mascotas de la plaza.

Yo le insistí a abuelito que nos leyera algo pero él dijo que "otro día, m'hijita", que cuando volviera me prometía que me leería algo; es más, que volviéramos seguido porque tenía mu-





chas cosas que leernos. Cuando nos encaminamos a la puerta, luego de despedirnos, abuelito nos dijo que esperáramos. Se acercó al librero enorme de la sala, retacado de libros y tomó uno delgadito que tenía acostado encima de otros. Abrió una página marcada con un lápiz puesto como separador y leyó los versos de una estrofa que estaba palomeada, seguro que con ese mismo lápiz. Al oír esas palabras, Arturo y yo lloramos más, pero esta vez el llanto fue diferente, como que nos reparó un poquito de lo que teníamos roto dentro del pecho. Nos encaminamos y ahora fue Arturo quien me tomó de la mano, me dejó en mi casa, nos abrazamos y yo entré ya no sólo llorando sino también sonriendo por dentro.

Mucho, mucho tiempo después, me topé con los versos que leyó abuelito aquel día. Se trata de un fragmento muy breve de un poema muy largo y muy triste titulado *Algo sobre la muerte del Mayor Sabines*, de Jaime Sabines:

> Sigue el mundo su paso, rueda el tiempo
>
> y van y vienen máscaras.
>
> Amanece el dolor un día tras otro,
>
> nos rodeamos de amigos y fantasmas,
>
> parece a veces que un alambre estira
>
> la sangre, que una flor estalla,
>
> que el corazón da frutas, y el cansancio
>
> canta.

# 3. El vuelo final

ARTURO

Gustavo:

Una vez más soñé contigo, finalmente. Me alegra porque ya no te esperaba y ahora estoy seguro de que no debo esperarte más. Me dijiste que habías leído cada una de mis cartas, aunque seguían intactas en mi cuaderno, y que era tiempo de escribir por ti mismo la historia de tu nueva existencia. Era tu turno de volar hacia la luz de tu asteroide. Recalcaste que no estuviera triste y que no tuviera miedo. Me felicitaste por haber vencido al fin la timidez y me dijiste que ya estaba curado de eso, y que nunca más en la vida me preocupara de sentirme incapaz de algo. Prometiste que nos veríamos otra vez, que yo también iría a ese asteroide pero no por ahora; no en mucho tiempo.

Me pediste que cuidara a tu mamá y a Lucía, que Lucía era muy fuerte pero tu mamá no tanto, por la tristeza de tanta pérdida en su vida; que habían quedado solas en la casa, que no dejara de visitarlas, ni al abuelo; que podía leer cualquiera de tus libros en ese cuarto que tu mamá mantenía intacto. Que al fin ibas a conocer a tu papá, que ibas a ver a Dios y que allá no hay matemáticas. Y te reíste y luego corregiste tus palabras diciéndome que allá todo cuanto hay son matemáticas pero que tienen más sentido que en cualquiera de nuestras clases aburridas. Como el principito, siempre sonríes. Y así te fuiste, sonriendo. Esta vez sí supe que era un sueño y en mi

sueño te vi rodeado de luz igual que Anakin, Yoda y Obi Wan, y no quise abrir los ojos aun cuando sentía la claridad entrar de lleno por la ventana, haciéndote desvanecer. Cuando los abrí, estaba sonriendo yo también y sentí por mi cuerpo un cosquilleo como de polvo de hadas.

## LUCÍA

Le pregunté a Arturo cómo le había ido en la playa durante el verano. Confieso que en parte fue porque quería saber si había conocido a alguna niña especial. Me dijo que a veces se levantaba temprano para pescar en la orilla del mar con una carnada que sacaba de la arena, y que lo que pescaba, su mamá se lo freía para el desayuno, pero que él solito desescamaba los pescados y les abría la barriga para sacarles las tripas, ¡ewww!

Me contó que trepaba los techos de algunas casas vacías y a veces también las palmeras, pero sólo algunas con el tronco delgado y rasposo, y que regaba las hierbas costeras que plantó con su papá para contrarrestar la erosión cuando las dunas volvieran a formarse sujetadas por las raíces, y no se callaba contándome todo eso, y que, cada varios días, su papá y él agarraban bolsas grandes y se ponían a limpiar la playa de la basura que dejaba la gente, aunque sospecho que fueron menos veces de las que me dijo. Y me habló de las uvas de mar y que en la noche salía con su lámpara led a ver jaibas pero que no las cazaba. También me dijo que, en las noches de luna, los pies brillan dentro del mar pero que hay que caminar con cuidado, arrastrando los pies sobre el fondo, para no pisar la espina dorsal de un bagre, que es el dolor más intenso que existe, y que en agosto se ven las Lágrimas de San Lorenzo, que son un montón de estrellas fugaces que dan y sobran para pedir los deseos de todo el resto del año. No me habló de ninguna niña, pero sí dijo que había mucho mosquito de dengue y chinkungunya y que por eso regresaron a Mérida antes de tiempo. Fue entonces que me dijo de sus sueños con Gustavo y me contó





que, en esos sueños, él fue quien le dio la idea de que hiciera sus "papagayos", como él los llama. Entonces no lo sabíamos pero ése fue el primer paso que lo condujo a aprender a volar.

*...a veces se levantaba temprano para pescar en la orilla del mar con una carnada que sacaba de la arena...*

Al día siguiente hicimos (más bien hizo) un papalote pequeño y extra ligero, lo más ligero que pudo. Usó popotes reciclados, hilo dental, una bolsa blanca de súper y cinta mágica que, siendo mágica, dijo que volaba muy bien. Cuidó las proporciones y se tomó su tiempo al hacer cada corte, pegar cada pieza, atar cada nudo... Quedé maravillada de lo bien que quedó. Propuso que le escribiéramos "G U S T A V O" con un plumón

permanente azul. Quise hacer las letras de papel lustre pero me respondió que mejor no porque pesarían mucho. Volvimos al parque, hizo pruebas con la cola hecha de retazos de la misma bolsa y lo volamos. Con la brisa que soplaba, voló más alto que los árboles. Se acabó el hilo dental pero Arturo tenía otro. Los empató con un nudo marinero y luego otro de seguridad y la cometa "G U S T A V O" se elevó aún más alto con esa brisa reparadora que ahuyentaba a los mosquitos y se llevaba el dolor, sobre todos los techos, dibujando sus ochos infinitos sobre el cielo con nubes encendidas de naranja, hasta estabilizarse en un punto con vista directa a lo más alto del cielo.

*...se elevó aún más alto con esa brisa reparadora que ahuyentaba a los mosquitos y se llevaba el dolor...*





Cuando oscureciera yo debía haber vuelto a casa. Arturo ató el carrete del cordel a una banca y sacó unas tijeras. Me pidió que recordara la vez cuando le dije que debía dejar libre el "papagayo". Me dijo que este papagayo no era un pájaro sino un ángel y que debíamos dejarlo llegar al cielo. Los dos agarramos juntos las tijeras, nos vimos uno al otro, y él me preguntó si estaba lista. Asentí con la cabeza, viramos a ver la cometa pequeñita, ya casi imperceptible por la tarde oscurecida, y cortamos juntos el cordel.

Miré otra vez a Arturo y le pedí que fuera mi hermano, pero él me dijo que no, que no quería ser mi hermano; que quería ser mi novio. Me tomó de ambas manos y me besó muy suave en el pómulo izquierdo. Sonreí, lo miré, lo besé en los labios y lo abracé una eternidad que duró muy poco porque nos levantamos y me acompañó a mi casa. Antes de entrar por completo, vi a Arturo alejarse en la acera hasta que terminó de oscurecer. Sólo quedó el aroma a citronela del repelente de moscos y tristezas del que estábamos bañados y un calorcito agradable en mi pecho. Quise que el sol se apurara a salir nuevamente y que ya fuera mañana para caminar con él a la escuela como todas las mañanas. Desde esa tarde, los repelentes me huelen a Arturo, curiosamente, y todavía espantan mis tristezas pasajeras.

## GUSTAVO

Lucía, hermanita, perdón por dejarte sola. Tú no lo sabes pero recuerdo cuando naciste. Sólo tenía dos años pero lo recuerdo muy bien. Papá y mamá les advirtieron a todos sus parientes y amigos que no llevaran regalo para ti a menos que llevaran también para mí, e instruyeron a todos para que preguntaran por mí primero y me felicitaran por tener una hermanita y me celebraran y me pidieran que yo les presentara a mi hermanita nueva. Desde entonces tú fuiste una alegría para mí, y yo les presenté a mi hermanita Lucía de uno en uno a los tíos y demás visitantes.

No te creas, no siempre recordé todo esto, pero cuando llegas a la luz de los multiversos, ves con claridad los recuerdos de todo lo

que pasó y de golpe también te viene cada libro y cada historia, pues también son parte de las razones y emociones de la etapa que termina y de lo que se lleva uno consigo. Si viras la atención hacia el otro lado, tal vez puedas ver incluso lo que va a pasar pero yo prefiero ver al centro de la luz. Sólo esperé un momento para ver mi pasado y recordarte, hermanita; decirte que fuiste mi alegría desde que mamá te trajo al mundo; y que gracias a ti no fui un niño solitario. Y recordé a papá que tanto nos quiere todavía. Ahora voy a reunirme con él y le voy a hablar de ti.

Lucía, fue gracias a ti que aprendí a volar hacia la luz. Gracias a ti y a Arturo que me hicieron compañía en este lugar sin espacio ni tiempo que estoy a punto de cruzar como absorbido por un agujero de resplandor y bienestar. También fue gracias a mis amigos voladores como el principito y el piloto quienes vieron el cielo con los ojos del corazón para alcanzar lo que realmente importa en la vida. Ahora entiendo esas historias que leí por pura diversión. Entiendo a Harry que tuvo que volar en moto, en coche, en escoba y en el lomo de un hipogrifo, de un thestral y de un dragón para descubrir que con el amor de sus amigos se llega aún más alto. Entiendo a James, el niño huérfano de *James y el durazno gigante*, que voló en un durazno mágico para escapar de sus tías horrorosas (su autor de veras fue un as de la aviación en la Segunda Guerra Mundial). Entiendo a Iván Dragó (de *El inventor de juegos*) que también escapó, pero en un globo cuando se dio cuenta de que su vida estaba convertida en un juego de mesa e inventó otro juego en cuyas casillas en blanco el jugador debe ir dibujando sus sueños y deseos para avanzar, como en la vida real, más allá.

Canek y mi tocayo Guy no necesitaron artefactos encantados ni bestias fabulosas ni ningún tipo de máquina para volar hacia la luz de la felicidad eterna. Atreyu, el niño cazador de piel verde en *La historia interminable*, aprendió a volar montado en un glücksdrache o dragón de buena fortuna, y lo compartió con su amigo Bastian quien, al final de su aventura, aprendió a





gobernarse a sí mismo y aprendió a amar a su papá, a sus amigos y a sí mismo, y a reconocer en ese amor su voluntad más profunda, la que vería en el Espejo de Oesed oculto en Hogwarts, la que dibujaría si jugara el juego de Iván Dragó y lo haría ganar. Bastian también descubrió una cosa sobre los libros que leemos, y nos lo dice: que al adentrarse en una buena historia de fantasía por propia voluntad, se aprenden cosas que sólo pueden ser aprendidas así y que ayudan a reconocer mejor, con ojos nuevos, la realidad infinita que existe fuera de los libros.

*...que al adentrarse en una buena historia de fantasía por propia voluntad, se aprenden cosas que sólo pueden ser aprendidas así y que ayudan a reconocer mejor, con ojos nuevos, la realidad infinita que existe fuera de los libros.*

Hay otros más que no vuelan por los aires pero que también terminan descubriendo alas en el alma: Jonás (de *El dador*) aprende que algunas reglas del juego de veras se hicieron para romperse porque el bien no siempre consiste en seguir las normas establecidas. También está Ender (de *El juego de Ender*) para quien hay juegos que es mejor no ganar. Pero mis amigos más importantes son los de carne y hueso como Arturo, tu Arturo que, tras vencer la timidez, volará muy, muy alto... De Arturo aprendí que los amigos no se van del todo porque un poquito de ellos se queda en el corazón para siempre, aunque el corazón nos lleve lejos, como el de Plutón. Y por ti ahora entiendo que las heroínas pueden vivir en tu propia casa sin que te des cuenta.

Fue por Arturo y también por mamá y por abuelo y por ti, hermanita a la que tanto hice llorar en días pasados... —¿no el profesor Dumbledore enseña que el amor es más fuerte que cualquier magia negra o arte oscura?—, fue por el amor de ustedes que no me extravié en los pasadizos oscuros de la soledad y que supe dar este vuelo de luz y paz hacia lo verdaderamente eterno.

## LUCÍA

Luego de estar juntos el resto de la primaria y la secundaria, Arturo y yo nos separamos. Él pasó a la prepa un año antes que yo, conoció más gente, se sintió adulto y se alejó de mí el muy patán. Luego de un tiempo, me buscó en el chat. Lo acababa de cortar una novia. Lo escuché, me agradeció que yo estuviera con disposición de oír sus infortunios amorosos, con eso de que se le curó la timidez... pero, para ese entonces, yo también ya estaba en la prepa, saliendo con un muchacho que, a la larga, terminó no siendo tan trascendental como parecía.

Desde eso aprendí a moverme en aeropuertos como pez en el agua, o más bien como pez volador. Me fui a Francia, un año de prepa, con beca en un programa de intercambio. El





vuelo de once horas de Ciudad de México a París valió la pena y ese año pasó, pues, volando. Arturo entró entusiasmado a una academia de pilotaje, y él de veras aprendió a volar. En su último año, me llegó a invitar a algunas de sus prácticas de vuelo pero nunca pude o nunca quise ir a ninguna. A punto de graduarse, lo pensó dos veces y se salió para estudiar ingeniería. Le dije que se graduara y, después, con su título en la mano, estudiara otra carrera, pero es terco, necio, porfiado, obstinado, testarudo y cabezota como él solo. Aunque en la Facultad de Ingeniería tuvo que volver a empezar desde cero, ésa era su vocación más que la de chofer aéreo o transportista interatmosférico, por mucho que le gustara volar.

Luego de la prepa estudié comunicación social. Siempre me molestó el aspecto fashion de la carrera. Todas querían ser la chica del clima, conductoras, muñecas de televisión, huecas y superficiales, pero eso no era para mí. Yo sí sentía una vocación diferente por la carrera, sobre todo por el aspecto social. En Ohio había una buena Maestría en Comunicación y Desarrollo que me interesó mucho y decidí hacerla. Solicité y fui aceptada. De allí vino un trabajo para la UNESCO que me llevó a Ghana, Etiopía, Pakistán y, finalmente, a Dinamarca donde están las oficinas centrales. Arturo y yo nos mandábamos mensajes de felicitación para Navidad y cumpleaños, con algún ocasional correo extenso sobre nuestras penas y alegrías, a veces con mensajes de voz y fotos adjuntas. Para San Valentín, me mandó un mensaje de texto a la antigüita, el más corto pero que me hizo más feliz. Era una simple rosa como ésta:

@>->-------

Pensé en el principito. Aunque tengo espinas para defenderme, sentí ser única para Arturo. Por supuesto que terminamos casándonos. ¿Y cómo no habríamos de hacerlo? Aquel noviecito que había tenido en la prepa, y luego mis viajes, en parte, habían sido para tratar de olvidarlo, pero él siempre siguió

siendo mi antihéroe, a pesar de también haberme hecho llorar, o por eso mismo.

Sucedió cuando volví de Copenhague, luego de haber vencido mi contrato y de que yo misma decidiera no renovarlo como me proponían (y de darme por vencida de tratar de aprender danés). Dinamarca es hermoso pero no es Mérida y decidí volver a Casa. La anticipación de ver a Arturo me tuvo temblando las treinta y tantas horas entre vuelos, conexiones, aduanas y oídos tapados. Fue por mí al aeropuerto. No le dije a nadie más que regresaba. Lo vi, lo abracé, tomó mis dos maletas, caminamos hacia la salida, me detuvo, me abrazó, nos miramos largo rato, lagrimó como un niño. Le dije: "Qué sugieres que hagamos". "Que nos casemos", respondió leyéndome la mente. Él pensó que yo solamente volvía de vacaciones por poco tiempo y se adelantó a decirme que estaba dispuesto a renunciar al Cinvestav y a seguirme, aunque fuera de ilegal, adonde fuera, y trabajar de lo que fuera en Dinamarca, África o la Conchinchina; o bien —me seguía diciendo mientras arrastraba las maletas al estacionamiento— solicitar una beca para estudiar su doctorado donde yo estuviera.

Fuimos a África, en efecto, pero sólo de luna de miel. Arturo se sorprendió de la sofisticación de Accra, capital de Ghana, más cosmopolita que cualquier ciudad de Yucatán. Muchas horas de vuelo más tarde, en Etiopía, le mostré las comunidades en las que había trabajado. Allí la gente humilde y desposeída padece las mismas necesidades que la de Yucatán, las mismas enfermedades curables, la misma falta de oportunidad. Y ahí también hay sitios arqueológicos. Lo llevé a las ruinas de Dungur (según algunos creen, el palacio de la Reina de Saba, otra de mis heroínas). De regreso, volamos hacia el norte por muchas horas más, hasta Marruecos. Desde que vimos el desierto por la ventanilla del avión, sentimos el impulso de caminar sus dunas, así que nos quedamos unos días en el país para conocer, al fin, el Sahara del principito. Quedamos





extasiados por ese océano de dunas hacia todas direcciones, incluyendo el cielo más azul que recuerde contrastado con la arena más naranja. Cruzamos por ferry a Algeciras, en España, y, en las playas ventosas de Tarifa, hicimos kitesurfing. Me confesó que ésa había sido la más emocionante manera de volar un papalote, al dejarse llevar por él en una tabla de surf.

De vuelta en Yucatán, se compró su tabla de windsurf antes de que adquiriéramos cosas más urgentes como un juego de ollas, sábanas nuevas, una hamaca, el seguro del coche o una cubeta de pintura que el departamento necesitaba. Pero así es él. Nuestra boda fue muy sencilla; sólo asistió la familia inmediata, incluyendo abuelito que cumplía 77 años bien cumplidos el día antes de la boda, y poquitas amistades. No la anunciamos hasta después. Tampoco nos dio mucho tiempo de instalarnos porque a Arturo lo aceptaron en un programa de doctorado en Estados Unidos, donde naciste tú, nuestra hija adorada. Tiempo después, regresamos volando otra vez a casa. Fue tu primer vuelo.

Áurea, vas a cumplir once años. Aparte de leer sagas de moda, ya devoraste los libros que te regaló tu bisabuelito que te adora, más la biblioteca entera de tu tío Gustavo, excepto el *Canek* de Ermilo Abreu Gómez, que mañana será tu regalo de cumpleaños. Se trata del ejemplar dedicado por Gustavo, de su puño y letra, para Arturo, tu papá, con palabras subrayadas a lápiz y sus anotaciones marginales de definiciones, comentarios, etcétera.

Por supuesto que eres la bisnieta favorita de abuelito que, aunque ya casi llega a los 90, parece más feliz que nunca cuando tú lo visitas. Sí, ya sé: eres su única bisnieta pero no importa; más a su favor. Me pides quedarte fines de semana con él y te sigue leyendo y regalando libros. Últimamente tú le has estado leyendo libros, los tuyos y los de él, porque ya le cuesta mucho trabajo ver las letras, aun con las lupas holográficas de ahora. También me ayudas en la O.N.G. en la que trabajo

reclutando voluntarios de otros países que buscan ayudar aquí en proyectos altruistas (y no, O.N.G. no es ninguna abreviatura para mensajes). Me acompañas a los albergues y les lees a los niños, a los enfermos, a los adultos mayores, tal y como le lees a abuelito.

Fue idea de abuelito regalarte el *Canek* cuando cumplieras la edad que tenía tu tío Gustavo cuando aprendió a volar, como también fue idea suya leerte, hace unos años, *El principito* de Antoine de Saint-Exupéry. Mi Áurea, aprenderás a volar también, no sé si en aeropuertos como yo, o piloteando como tu papá, o con los libros y la imaginación como tu bisabuelito... Tendrás que encontrar tú misma la manera. Por lo pronto, ya eres una experta voladora de cometas que construyes con Arturo. Ambos los vuelan en el parque y, algunos domingos, en la casa de la playa de tus abuelos paternos. Nunca había visto unas cometas tan complejas, con agarraderas dobles para maniobrar el vuelo. Tu papá y tú hacen buen equipo y tú también tienes madera para ingeniera.

*Canek* es regalo de tu papá, junto con un telescopio nuevo y más potente que el del año pasado. Mi regalo es este pequeño libro que encuaderné yo misma, en el que he ido capturando las cartas que Arturo le escribió a Gustavo en su cuaderno viejo de matemáticas (con algunas correcciones de ortografía y puntuación y sustituyendo las palabras bravas o majaderías que utilizaba de cuando en cuando, a solas con Gustavo), junto con mis propias reflexiones y recuerdos basados en el diario que llevaba en esa época y una reconstrucción de lo que Arturo recuerda que Gustavo le dijo en sus sueños, más lo que me contó algunas veces que Gustavo le dijo la última vez que soñó con él, a manera de despedida.

¿Por qué hago este libro? Primero, por amor a Gustavo, al hermano que no está y que sigue vivo en mi memoria. Lo hago lo mejor que puedo porque quiero que su memoria siga viva en ti. No sé si pueda lograrlo porque la memoria es inexacta,





ya no soy la niña que fui y tampoco Arturo. Lo que recuerdo de ese tiempo y lo que supe mucho después, todo lo he tratado de poner en este libro. Lo cierto es que Gustavo se convirtió en uno más de los personajes voladores que él tanto admiraba y pasó de ser mi hermano a mi más grande superhéroe, un superhéroe ausente que, antes de emprender el vuelo definitivo, dejó en nuestros corazones las claves para iniciar cada quien su propio vuelo. Son esas claves las que quiero que descubras en estas páginas.

La idea de transcribirlo todo en un solo documento me la dio otra de mis heroínas: Mina Harker, personaje del *Drácula* de Bram Stoker. En 1897, ella se sentó frente a su moderna máquina de escribir Underwood y mecanografió todas las entradas de su diario. Luego, transcribió las grabaciones en fonógrafo de la viva voz del Dr. John Seward —exdiscípulo del famoso Van Helsing— y agregó las cartas que su novio Jonathan le había mandado desde Transilvania, más una serie de telegramas, recortes de periódico, etc., en una sola compilación en original y cinco copias al carbón, para entregarle una a cada uno de los cazadores de vampiros. De esta manera, todos se enteraron de los encuentros que, desde el principio, cada uno por separado había tenido con el monstruo de Transilvania y todos conocieron los poderes y debilidades del detestable conde Drácula. Sólo así pudieron trazar un plan y derrotarlo como equipo.

De manera similar, quiero que tú te enteres de las versiones de tu papá, mía y del propio Gustavo de los sucesos insólitos de aquel verano que nos cambió para siempre, para que nuestras historias entrelazadas te ayuden en el momento de que te crezcan tus propias alas. Cree o pon en duda lo que quieras. No te pido que tengas fe en la veracidad de ninguna anécdota por muy maravillosa que resulte, pero sí en ti misma. Si terminas con la idea de que todo esto es pura ficción, no importa, siempre y cuando aprendas algo valioso que te

ayude en el vuelo, y tal vez de paso te divierta. Este libro no sólo lo hago por mi amor a Gustavo y a Arturo sino por mi amor a ti: mi niña de oro, mi valiente Áurea, a menos que en un futuro decidas compartirla con algún otro lector interesado en aprender a volar.



# Glosario

En cuarto grado hice mi propio lexicón o pequeño diccionario en las páginas de mi diario de aquel tiempo, a partir de las definiciones que Gustavo y Arturo decían en sus conversaciones. Nunca fue muy extenso, pero aquí transcribo algunas de las entradas más significativas para este relato (con algunas modificaciones actuales más correcciones de ortografía y puntuación):

***Smiley*** (se dice /esmaili/ [aunque ahora sé que es sin la e inicial]): carita feliz que se dibuja con los signos de puntuación en el celular, teléfono móvil o los teléfonos inteligentes que a principios del siglo XXI eran la onda. Ejemplo: : - )

***Emoticón*** Caritas felices o no felices similares a los smileys pero más expresivos, con colores y todo. Ejemplo: ☺

***Geek*** (Se dice /guik/): "Archirrequeterrecontrafanático de algo" [definición de Arturo] como cómics o informática, sobre todo si además es medio nerd (o sea, bueno en materias que para otros son difíciles o aburridas, como matemáticas), use o no use lentes. Es burla cuando alguien dice que eres un geek pero cuando tú dices que eres uno, lo haces con orgullo.

**Emo:** Alguien hiperemocional pero que no sonríe, que se pone ropa oscura pegadita al cuerpo y, generalmente, con el pelo caído en ángulo tapándole media cara.

**Hípster** [más bien, neohípster, en definición de Abue]: Moda de vestirse como catrín de lotería pero en colores pastel, o sea, como Oscar Wilde del siglo XXI (el internacional). El neohípster *millennial* o *postmillennial* local era afecto a hablar como en doblaje de caricatura o serie estadounidense (del tipo "comeré un emparedado") y, a diferencia de los hípsters originales de hace un siglo, no le interesó mucho el jazz clásico pero sí la cerveza artesanal, los volchitos *vintage* y todo lo de equidad de género, medioambientalista o fuera del *mainstream*. En el clima de Mérida ningún hípster usó trajes de Oscar Wilde pero sí Fedora (esos sombreritos curiosos como de gángsters de películas en blanco y negro) combinado con cualquier ropa ligera.

Ahora le agrego una palabra:

**Antihéroe:** El protagonista de una historia que no tiene las virtudes de un héroe y sí sus defectos, pero con cierto encanto para el público lector. Las cosas que hace un antihéroe, aunque en el momento no nos gusten, provocan que la vida (o la trama) cambie su curso. Por ejemplo, si Arturo no me hubiera dejado en la secundaria, no me habrían dado ganas de patearlo ni me habría hecho llorar una semana (¿o fue un mes?) pero tampoco me habría ido a estudiar fuera, ni hablaría tres idiomas, ni conocería tres continentes. Un antihéroe no necesariamente es un villano sino simplemente alguien que comete errores de los que se puede aprender.



## ÁUREA

Querido tío Gustavo:

Hace unos días leí la aventura de cómo mis papás y tú aprendieron a volar, pero he oído de ti desde que tengo memoria, como si te conociera de toda la vida. Yo también aprendí a volar pero de manera diferente a la tuya y a la de Lucía y Arturo y las superheroínas y Canek y Guy y el principito. Yo me subí a los libros como alfombras voladoras. Te encantará saber que leo más que Lucía, Arturo y tú juntos. Leo como Belle, como Hermione, como Paloma Josse de *La elegancia del erizo*, y como Liesel Meminger, *La ladrona de libros*. Leo como Sor Juana, ¿la leíste alguna vez?, la que sigue brillando en los billetes que ya no son de doscientos pesos sino de dos millones (abue dice que la inflación, por lo menos, le hace una especie de irónica justicia a Sor Juanita).

*Yo también aprendí a volar pero de manera diferente...*

Desde chica leía casi tanto y tan rápido como abue, pero ahora él utiliza una lupa que proyecta el texto sobre el aire junto a su cama —es una tecnología muy simple que él no termina de entender—, y lee lento por tardes enteras, además de usar los audiofrijolitos que le descargo y le envío a sus nanoaudis, una idea que yo le di y que le encanta. Hace tiempo que le gano pero él ya tiene los ojos muy cansados. Ah, también leo partituras y leo las constelaciones como Ellie Arroway, la doctora de Wisconsin que desencriptó el mensaje infinito dentro de π, en *Contact*, de Carl Sagan. Perdón si no entiendes todas estas referencias. Te habría fascinado leerlo.





Lucía y Arturo siempre me leyeron antes de dormir desde que era muy chica —Lucía me dice que desde que estaba en su panza— pero fue abue quien me enseñó a leer en voz alta para alguien más, "entrando en los personajes y modulando la voz para crear efectos dramáticos, pero siguiendo el ritmo" —decía él con su voz rasposa— y como hacen los actores que graban sus lecturas en los audiofrijolitos. Les digo así porque los archivos parecen frijolitos virtuales y son de los que germinan en la mente y crecen hasta las nubes de los libros gigantes. Si te lo estás preguntando, todavía se editan libros en papel, aunque es un papel sintético que es ligero y resistente a todo, como algunos materiales de la tabla periódica de elementos de ficción. Abue no deja de celebrarlo y refunfuña de los libros holográficos que se archivan en memorias como granos de alpiste que caben debajo de la uña.

Leo varios libros a la vez, unos en las mañanas (los que saco de la BNF o biblionanofilmoteca de la escuela); otros en las tardes, en mi cuarto; otros más que dejo en casa de abue (yo preparo chocolate y los dos nos ponemos a leer en su cuarto, porque ya casi no se levanta), más los frijolitos que descargo y leo con los oídos cuando tengo las manos ocupadas. También están las pantallas de aire, como yo les digo, aunque la mía ya está viejita. A veces Lucía me castiga quitándome mi libro por una hora y se pone a leerlo mientras me dura el castigo, cuando tiene tiempo. En esa hora activo mis nanoaudis y continúo algún frijolito mientras finjo hacer la tarea que hice desde la escuela. En realidad, casi nunca me castigan. Pasó mucho tiempo para que Lucía descubriera los frijoles y se diera cuenta de que también leía con los nanoaudis.

Los últimos que leí fueron *Matar a un ruiseñor*, y *Las aventuras de Huckleberry Finn*. Ambos libros, igual que *Canek*, me hacen pensar en lo que dice abue: concluido el primer lustro de 2040, siguen existiendo las pesadillas de siempre, que los seres humanos, en nuestra idiotez sin límites —así lo dice—,

nos rehusamos a despertar de la tonta fantasía de que unas personas valen más que otras.

Si nos quedáramos sin tecnología —abue predice que siempre habrá mosquitos, cucarachas y estupidez humana pero un día dejará de haber tecnología—, nosotros seguiríamos teniendo nuestra biblioteca tradicional con libreros retro, que incluye mis libros, los tuyos y los de abue, algunos en reediciones con papel tecnografenizado, que ocupan menos espacio aunque no huelen igual. Arturo construyó un cuarto entero sólo para todos esos libros, que yo catalogué, y tu antiguo cuarto se adaptó con una cama especial para abue, donde su nuerita favorita, Abulushi, lo atiende y conversa mucho con él. Ella es la que siempre da permiso de que yo me quede a dormir con abue y me cuelga mi hamaca en tu antiguo cuarto, y le leo hasta que me hace creer que se duerme, pero yo sé que él duerme muy poquito y me termina contando historias hasta que yo me duermo.

Es muy chistoso enseñarle la tecnología a abue. Me habla del *smartphone* que servía muy bien como cámara, linterna, despertador, agenda, cronómetro, calculadora... pero a la hora de contestar una llamada, no sabía cómo. Dice que eran teléfonos con crisis existencial, tan inteligentes que sabían ser todo menos teléfono. Y agrega que los aparatos de ahora son la misma basura pero más cara, frágil y difícil de aprender, pero creo que lo dice porque ya no puede leer los instructivos. Con lo sencillo que es usar los *nanophones* (o "audifonitos virtuales de porquería", como él les dice, o "nanoaudis", como les digo yo) que ya no dañan los tímpanos como los chícharos de tus tiempos.

Yo no vuelo nada con tecnología sofisticada excepto el dron aeromagnético. Lo chistoso es que fue Jonathan Swift quien inventó esa tecnología en el siglo XVIII, al describir la isla voladora de nombre chistoso en *Los viajes de Gulliver*. El dron que hay en la casa me lo regaló Arturo para Navidad, más





para él mismo que para mí. En lo que soy experta voladora es en los papalotes que hacemos juntos, eso sí, cada vez más sofisticados. Los hemos hecho tradicionales (hexagonales y deltoides), biplanos, multiplanos, encadenados, tipo paracaídas, en miniatura, monumentales... A Arturo le emocionan los monoplanos en delta, tipo búmeran, maniobrados como títeres desde tierra con línea doble. Son los ideales cuando jugamos "Guerra de papagayos", como él dice, o cuando hacemos coreografías sincronizadas, a veces con mucho público en la playa.

Una vez publicaron un reportaje sobre nosotros y recibió comentarios de los once continentes. A mí me gusta más contemplar los papalotes tradicionales que hago de colores brillantes. He hecho muchos de ellos con los niños de los albergues que visito con Lucía. Como no tienen tecnología (el albergue nunca tiene dinero para eso) los invito a divertirse con papalotes tradicionales. Hace tiempo que no hago ninguno para mí, pero la casa de Chelem de los abuelos está llena de ellos, colgados en las paredes, entre los hamaqueros, como decoración.

A Lucía y Arturo les digo Lucía y Arturo en vez de mamá y papá. No sé por qué pero así me criaron y me gusta. Sólo los llamo mamá y papá cuando me regañan. Arturo, siempre en las nubes, es un caramelo de bondad y sus regaños son patéticos. En cambio, los de Lucía... Una vez, a la salida de la escuela, Lucía ya estaba cruzando la calle hacia la reja y yo le dije algo en voz alta, y la llamé así, por su nombre. En ese momento, unos de sexto me molestaron diciéndome que qué guapa está la morenaza de mi hermana, señalándola con el dedo mientras se reían más y más. Al trol que inició la burla le propiné un librazo a media cara tan fuerte que se le quitaron las ganas de volverse a meter conmigo. Desde la calle, Lucía me dio una mirada equivalente a diez de sus regaños. En la tarde tampoco me dijo nada pero me dejó sin *Las mil y una noches*, un libro gordo y pesado, de los de abue, que casi bota

al piso a ese trol que se fue con mirada de bobo soportando la risa de sus miñones. Pero en la noche Lucía me devolvió el libro y hasta me felicitó por haberme defendido como una dama posmoderna, que creo que era una palabra de moda en sus tiempos. "Una damita posmoderna clásica, inteligente y brava", así me dijo y me dio un beso. Mientras yo le pegaba el lomo al libro, pensé en el *aprendizaje significativo* (como diría la biblionanofilmotecaria) de ese día: los libros sirven en la vida para mucho más que volar. Lo malo es que, desde eso, está prohibido llevar a la escuela libros impresos en papel.

Por primera vez estoy comenzando un diario. Esta carta que te escribo es la introducción. Además, quiero que sea una bitácora de mis sueños. Es un "diario collage, medio epistolar y medio pastiche" (diría abue) como el *Drácula* de Bram Stoker que tanto le gusta a Lucía, o como *Pórtico* de Fred Pohl que, gracias a mí, ya también leyeron Lucía y abue junto con la mitad de los cuentos de Asimov. En algún lado leí que escribir nuestros sueños nos hace más conscientes de ellos. Arturo lo descubrió hace mucho sin quererlo, a través de las cartas que te escribía. Al rato que termine de anochecer, voy a dormir con este cuaderno en blanco que me regaló abue bajo mi almohada, listo para escribir lo primero que sueñe apenas me despierte, en sus páginas amarillentas de papel.

Ya cumplí once años, que es la edad que tú tienes y supongo que seguirás teniendo por toda la eternidad. Es una edad en la que uno sigue gozando los privilegios de ser niño, cuando conviene. Aunque siempre me hayan hablado de ti como mi tío Gustavo, a esta edad que tenemos, te siento más como un primo que como un tío.

Sé que estarás divertido viendo las nubes con Guy y el principito o tal vez volando cometas con tu papá (pero cometas reales como el Haley, el Hale-Bopp, el Swift-Tuttle, el Hyakutake o el Gran Cometa de 1811), o haciendo el tipo de cosas que hacen los superhéroes celestiales. Si alguna de





estas madrugadas te gustaría visitarme, te estaré esperando en mis sueños, porque tengo muchas-muchas-muchas ganas de conocerte. Lucía llora a veces cuando te recuerda, pero no es un llanto triste sino alegre, más o menos. Creo que nunca va a dejar de extrañarte. Las lluvias de agosto la ponen más llorosa. La vi lagrimar mientras escribía en la pantalla de aire de su ordenalograma lo que después supe que era mi regalo de cumpleaños.

Lucía se vio bien aventada al tener novio cuando estaba en la primaria. A mí ni me pasa por la mente salir con ninguno de mis compañeros de clase. Me caen bien casi todos pero son unos bobos. Quiero que me aconsejes, como le aconsejabas a Arturo. Yo no soy tímida como se supone que era él. Mi problema es otro: los niños me aburren. Las niñas también. En mi escuela no tengo a nadie con quién hablar de los libros que leo, excepto la biblionanofilmotecaria, la responsable del cajón de los nanofilms que inserta con una pinza en tarjetas para que nos llevemos, siempre detrás de una enorme lupa old-fashion fija en su escritorio. Ella es como una abuelita, aunque sólo la vea por ratos y no converse con ella nada más que de libros. Me preguntó qué me había parecido un libro de moda, *Odisea 2041*. Le dije que equis. Me respondió, sonriente, que yo era una crítica severa y le contesté que la verdad, sí, y que como distopía —se sorprendió de que usara esa palabra—, prefiero mil veces los clásicos como *El dador* o *Los juegos del hambre* o *Un mundo feliz*, *1984*... Le dio mucha risa y me preguntó si podía saber a qué se debía mi calificación reprobatoria del nanofilm que le estaba devolviendo o, en sus palabras, "esta novela contemporánea tan celebrada por la crítica juvenil actual" y, pues, le dije que los personajes estaban planos como papalotes pero la historia nunca despegaba y se quedaba en una apología —de esta palabra se sorprendió un poco menos— de los avances tecnológicos de mediados del siglo XXI, pero que carecía de comentario social y de pensamiento crítico que lo

habría hecho interesante. Ah, y que para eso me quedaba con Julio Verne que era mucho más original.

Creo que la nanobibliofilmotecaria tampoco tiene mucha gente con quién conversar de libros, porque siempre me dice que regrese pronto y que le salude a mi abue de su parte. Además de los libros que ella me recomienda, ya leí todos los tuyos, hasta las sagas, y, finalmente, el librito *Canek* que me hizo llorar anoche, luego de que Arturo me lo regalara. Es el mismo ejemplar dedicado que tú le regalaste: uno de los nuevos tesoros de mi biblioteca de papel.

Mis compañeros en la escuela sí leen pero sólo lo de moda, con todo y que estoy en una escuela que fomenta mucho la lectura: mis papás me metieron a algo así como el Montessori VIP, como tú dirías. Lucía no lo sabe pero también ya leí la *Ilíada*, la *Odisea*, *Los hermanos Karamazov*, una colección de cuentos de Julio Cortázar, voy en el segundo libro de Don Quijote (estoy en la parte muy chistosa en la que Sancho cree que es gobernador de la ínsula Barataria), y, cuando termine, abue ya me tiene su ejemplar favorito de *Cien años de soledad* (tiene varias ediciones). Dice que hay una parte en la que los personajes llegan a volar en alfombra mágica por todo el pueblo, pero que luego le dan más importancia al tren, que no era de grafeno como los de ahora; supongo que sería de mithril de las minas de Moria y por eso causó más sensación que una alfombra voladora. Sólo con abue puedo conversar de estas cosas pero el pobre ya casi tampoco oye. Él me seguiría el juego diciendo que seguramente ese tren no era de mithril sino de selén fantástico, igual que la puerta que Atreyu logró abrir para llegar con el oráculo, y que como este metal reacciona con la voluntad de las personas, todos los viajeros tendrían que querer lo mismo para que el tren se moviera.

El otro día casi me mandan a la dirección y todo el salón se burló de mí por culpa de la boba de la maestra de español. Ella nos hablaba sobre *El Cantar del Mío Cid* y sobre la Reconquista de España y los Reinos de Taifas y fechas y datos... y pues nos dijo que viéramos lo que decía en el nanofilm. Vi que, en mi pantalla de aire, el texto tenía escrito Cid sin cedilla. Yo, que me estaba aburriendo como nunca, dije —se me salió en voz alta— pues que la çe de Çid lleva cedilla (y lo dije como lo pronuncia abue: "El /tsid/"). La maestra lo escuchó y me dijo con voz de Gran Inquisidora "Áurea, ¿tienes algo qué aportar?", y tuvo la torpeza de lanzarme la pregunta de cómo se llamaban las hijas del Cid. Le pregunté que cuáles. Cuando me dijo que cómo que cuáles y que cuáles más, que las dos que tuvo, le respondí que Cristina y María. Me preguntó que si me estaba burlando de ella o de la directora y la subdirectora, que así se llaman. La miré fijamente para explicarle, de la mejor manera, que el Çid histórico, Ruy Díaz, "el que en buena *ora çinxó* espada", y su esposa, Ximena de Valencia, tuvieron a doña Cristina y doña María, aunque el copista Per Abbat les haya inventado otros nombres. Me preguntó de dónde había sacado yo esa información y le respondí: "Del estudio introductorio en la edición en papel que tiene mi abuelo, en donde la çe de Çid lleva cedilla". Y rematé con un hermoso "Ay, maestra, ¿usted no lee?". Todo el salón quedó en silencio.

Ahí no acabó la cosa. La maestra la libró explicando que ella no tenía esa edición, que los libros en papel de mi abuelo eran un peligro sanitario porque albergan hongos y bacterias, y que ella es alérgica, y que la suya era una clase de español y no de historia, así que lanzó de nuevo la pregunta, esta vez a quien quisiera responderla, de que cómo se llamaban las hijas del Cid "en el fragmento del poema que aparece en el ordenalograma oficial de la SEP, en sus pupitres". Algún bellaco dijo que doña Elvira y doña Sol y a mí eso me dio mucha risa, no lo pude evitar. Ya no quería más broncas y le dije que perdón, maestra, pero que así se llamaban las dos conejas de mi abue. Error. Todo el salón estalló en risotadas y sentí en la nuca el papelito ensalivado de un cerbatanazo de

Meche; hasta ahora que lo pienso me da asco. Pero también, hasta hoy en día abue tiene en su buró la foto de sus conejas que Lucía y Arturo acariciaron cuando tenían nuestra edad, con un letrero escrito a mano sobre el portarretratos: "Infantas doña Elvira y doña Sol".

Se lo conté a abue y me dijo que qué esperaba, si había desafiado a la maestra frente a todo su grupo y en su propio campo de batalla. Cuando le dije que no fue mi intención, me salió con que "tampoco fue la intención de Alicia ofender a los ratones y a los pájaros cuando les dijo que su gatita Dinah era la mejor cazadora de ratones y pájaros", y me habló de la pru-den-cia como la llave que me llevará muy lejos en este país de maravillas.

Lucía me dice que debo aprender a leer a la gente. Por ejemplo, el día que me castigó quitándome *Las mil y una noches*, al devolvérmelo igual me dijo que había notado cómo me miraba el trol al que casi tumbé de un librazo. Dijo que no todos los que hacen bullying son gente mala; que hay unos que se sienten muy solos y no buscan cómo llamar la atención; y, es más, que yo le gusto al trol, y me sugirió que le llevara un chocolate y le diera la mano para hacer las paces, cuando no estuviera con sus miñones, para no intimidarlo (no frente a su ejército, diría abue), y que ese trol podía llegar a ser un gran amigo. Yo le dije que fuuuuuuchiiiiiiiii. Lucía agregó que, cuando me llamara la directora de la escuela, le dijera que tenía razón, que me excedí, pero que no se preocupara porque el trol y yo ya éramos amigos. Ah, y que dejara de decirle trol, especialmente frente a la directora. Ahora lo llamo Genaro, pues así se llama, y es mi amigo pero no sabe de libros ni tiene nada de conversación, aunque ya está leyendo *El principito*. Ya hasta juego futbol con los miñones y quieren que les enseñe a hacer papalotes, pero esa historia te la cuento en otra carta.

Querido Gustavo, quiero conocerte y platicarte todo eso en sueños o, por lo menos, en más cartas o entradas de este diario





que tú vas a leer, porque sé que tú sí me entiendes y porque, en cierto modo, tú fuiste quien enseñó a volar a Lucía y Arturo, o quien les dio el empujón para que descubrieran sus alas. Me encanta saber que no necesitamos aviones, helicópteros, planeadores, globos, cohetes, naves espaciales, *drone-boards*, escobas, alfombras mágicas o polvo de hadas, pero, si me visitas en mis sueños, podemos volar de todas esas maneras y otras más que tú me enseñes. Por ahora, de tanto volar mientras escribo, ya me caigo de sueño.

Gustavo, te espero en la madrugada. Te espero todas las madrugadas con las nubes de los sueños abiertas como páginas y, como siempre, con las alas bien puestas.

## De las notas de Arturo: Instrucciones efectivas para hacer el papagayo, cometa o papalote más sencillo con materiales reciclados

**Necesitas:**

- 1 bolsa de plástico (puede ser de supermercado).
- 7 popotes (pajillas, sorbetes, carrizos o como quieras decirles). Si no tienes popotes, no los compres y usa tu imaginación para sustituirlos con otras varitas ligeras y resistentes.
- Un par de tijeras que puedan cortar la bolsa de plástico.
- 1 rollo de cinta mágica (la que mejor vuela).
- 1 plumón o marcador indeleble.
- 1 botella PET mediana de cualquier refresco, con tapa-rrosca.
- Un rollito de hilo dental que se consigue en cualquier farmacia. También puede usarse mecate delgado de fibra o nylon de los que venden en las tlapalerías o ferreterías. Es mejor no usar sedal o cordel de pescar porque, si el papagayo cae en picada, es tan resistente que puede ser muy peligroso para peatones, ciclistas, etc.
- 1 liga.

**Paso 1. El armazón: esqueleto o soporte del papagayo**

- El poste (varilla vertical) se construye con cuatro popotes, insertando la punta de uno dentro del siguiente (se le hace un doblez a la punta del popote que va dentro de otro). Asegura las conexiones con pedacitos de cinta mágica.
- El travesaño (varilla horizontal) se construye de la misma manera pero con tres popotes.

**Paso 2. La vela: ala que hace volar al papagayo**

- Si es bolsa de súper, comienza cortándole las asas. Corta también el fondo y un lado para que la bolsa pueda abrirse formando un rectángulo de plástico como si fuera tela. Extiende el rectángulo sobre una mesa, el piso o cualquier superficie lisa. Este rectángulo de bolsa es el material con el que se construirán la vela, la quilla y la cola.
- Coloca el poste sobre la bolsa. De manera perpendicular a éste, coloca el travesaño formando una cruz que le servirá de esqueleto al papagayo. Todavía no pegues una varilla sobre la otra. Este esqueleto o armazón debe quedar completamente cubierto por el rectángulo de bolsa.
- Con el plumón, traza una línea que conecte cada uno de los extremos del esqueleto, de manera que el trazo forme un deltoide (cuadrilátero como un rombo, pero con la parte de abajo más larga, o sea, con la forma tradicional de un papagayo).
- Corta sobre esa línea de manera que el plástico de la bolsa tenga la forma del papagayo (un deltoide). El deltoide de bolsa es la vela.
- Separa las cuatro partes de bolsa sobrantes: las de arriba forman triángulos pequeños y las de abajo forman triángulos grandes. Servirán para hacer la quilla y la cola.
- Con cinta mágica, pega el travesaño a la vela, de manera que quede bien firme. Ten el cuidado de dejar espacio (medio centímetro) en los extremos del armazón para amarrar hilo o cordel. Usa pedazos largos de cinta mágica a todo lo largo de los popotes.

**Paso 3. La quilla: nos da el ángulo para la brida**

- Agarra uno de los triángulos largos de los sobrantes de bolsa, y con el plumón y las tijeras dale forma de triángulo escaleno.





- Coloca el poste y preséntalo (colócalo en posición) formando una cruz con el travesaño.
- Presenta la quilla junto a él. Siendo la quilla un triángulo escaleno, su lado más largo va pegado al poste de popotes. El lado más corto debe ir arriba. Su ángulo abierto (el punto de retención del papagayo) debe quedar a la altura del travesaño. Con un pedazo largo de cinta mágica, asegura el lado largo de la quilla al poste de popotes.
- Pega el poste de popotes en su sitio con pedazos de cinta mágica. Usa pedazos largos de cinta a cada lado del poste para asegurarlo bien a la vela.

**Paso 4. La brida: Equilibra la fuerza del viento**

- La brida es un pedazo de mecate que va amarrado de un extremo del travesaño al otro, pasando por el punto de retención. Haz las ataduras con cuidado para que la brida no quede ni muy larga ni muy corta. El punto de retención de la brida (el punto justo en medio) debe coincidir con la punta de la quilla extendida como la aleta dorsal de un tiburón.

**Paso 5. El carrete para el mecate o hilo dental: Te permite pilotear el papagayo**

- Toma la botella Pet de cuarto litro y amárrale el hilo dental o mecate en su parte central (en la cintura de la botella), de manera que un lado del hilo o mecate siga enrollado en su carrete o estuchito original y el otro lado forme un cabo suelto de aproximadamente medio metro.
- Lleva el cabo suelto hacia la boca de la botella (justo bajo el taparrosca) y anúdalo luego de lazarlo varias veces para que quede bien asegurado. Corta el cabo sobrante.
- Enróllalo todo en la botella. Verás que la botella Pet hará un carrete mucho más manejable. El mecate, hilo o cordel del papagayo se llama línea. Enrollando la línea

en la botella, podrás hacer descender el papagayo con rapidez.

- Coloca la liga alrededor de la línea enrollada para evitar que se desenrolle accidentalmente.
- Amarra el extremo de la línea al punto de retención de la brida.
- Con un pedazo de cinta mágica, une la brida (en su punto de retención) con la punta de la quilla extendida.
- Llena la botella de agua y colócale el taparrosca bien apretada. De esta manera, el carrete se convierte en un ancla que evitará que salga volando arrastrado por el papagayo si se te cae de las manos.

**Paso 6. La cola: Estabiliza el papagayo**

- Corta los sobrantes de la bolsa en tiras o jirones y únelos atando el extremo de uno con el del siguiente, para formar la cola.
- Pega la cola en la punta inferior de la vela con suficiente cinta mágica.
- Cuando vayas a volar el papagayo, lleva más tiras o jirones de bolsa por si necesitas agregarle más peso o lastre a la cola.

**Paso 7. Tu papagayo está listo para volar. Ahora sigue estas indicaciones:**

- Dentro de la ciudad, los espacios más recomendables para volar tu papagayo son las áreas despejadas de los parques públicos, libres de árboles y cables de luz. Si vives en el campo, vuélalo en cualquier área igualmente libre de árboles y postes. No vueles tu papagayo en ninguna calle o carretera porque el tráfico es peligroso aun en los rumbos tranquilos: de la nada puede salir un vehículo a toda velocidad y desearás en serio tener alas.
- Elige un día de brisa moderada. Deja que el viento eleve el papagayo por sí mismo, sin que tú te muevas de tu sitio.





- Sujeta bien el carrete en todo momento.
- Asegúrate de que el papagayo vuele en forma estable antes de soltarle más línea. Si se mueve de lado a lado, necesita más lastre (peso en la cola). Ajusta el tamaño y peso de la cola debidamente.
- Para hacer descender el papagayo, sólo enrolla la línea en el carrete.
- Si comienza a oscurecer cuando estás volando tu papagayo, es hora de bajarlo y correr a casa porque el crepúsculo (el momento entre el día y la noche, en la mañana y en la tarde) es la hora favorita de los mosquitos para alimentarse. Por si las dudas, lleva repelente.
- No vueles el papagayo bajo lluvia, relámpagos, vientos fuertes o cualquier otro tipo de tormenta. Morir fulminado debe de ser muy doloroso.
- Si de regreso al parque te encuentras botellas, envolturas, bolsas o cualquier otro tipo de basura que alguien dejó "olvidadas", recógela y ponla en el basurero, que nada te cuesta.

**Nota**: Podrás explorar poco a poco otros materiales para hacer tus futuros papagayos. En vez de popotes puedes usar varitas diferentes, según su peso, largo y resistencia. Igual puedes experimentar usando una bolsa de un color para la vela y una de otro para la cola y la quilla, o papel de seda, en cuyo caso deberás unir los extremos de las varillas con hilo o mecate. Puedes reciclar el papel de seda de los regalos que recibas para tu cumpleaños o Navidad. Para hacer una cola más tradicional, amarra tiras o jirones de tela en el mecate.

## De las notas de Áurea:
## Instrucciones imprácticas para volar un papagayo

Ve al parque de tu rumbo en un día de buen viento. Detente bajo un árbol. Cierra los ojos. Imagina que estás en una playa. Siente la brisa. El paso de los vehículos es el oleaje del mar. Ese bellaco que pasa haciendo ruido es una lancha. Si suenan muchas lanchas, que no te afecte. Sigue sintiendo la brisa e imagina cómo se eleva el papagayo que aún tienes bajo el brazo. Si vives en el campo, bendita sea tu suerte: el cielo es todo tuyo. Excepto en el pavimento, vuela tu papagayo donde quieras.

Abre los ojos. Deja que la brisa te acaricie la espalda y que el papagayo levante el vuelo. No le sueltes mucha línea todavía. Si cabecea o da vueltas en círculos o lemniscatas (ochos infinitos), hazlo descender enrollando la línea en su carrete y ajusta el tamaño de la cola. Si se aporrea en la tierra, da gracias de que no iba tripulado. Elévalo otra vez. Si vuela estable, suéltale la línea a discreción. Ya tienes por mascota una hermosa mantarraya celestial.

Encuentra alguna sombra bajo la cual posarte sin que el sedal encuentre obstáculos. Recuéstate y descubre siluetas en las nubes. ¿En serio serán las nubes simple y sencillo vapor de agua? ¿No será el escondite de ángeles guardianes? ¿Ideas acumuladas en el aire tras escaparse por las orejas? ¿Sueños en espera de que la gente se duerma? Guy le decía a Canek que las nubes blancas eran fantasmas dormidos. Pero tú no te duermas.

¿Qué verá el papagayo desde lo alto? Los árboles del parque, las techumbres mohosas de las casas, sus muros despintados, los carteles de basura política o publicitaria que parece que nunca dejará de existir, envolturas volando en las aceras, postes de alambrado, antenas de todo tipo con sus horribles cables y tensores... ¿Será que también vean cosas bonitas? ¿Tu sonrisa al mirarlo cuando vuela? ¿El reflejo de las nubes en un charco? Tal vez el papagayo tenga ojos en la espalda y prefiera ver el cielo por mucho que brille el sol. Quizá debas pintarle lentes oscuros. En el campo, el papagayo estará feliz de ver más árboles, si es un campo en el que aún quedan árboles. ¿Qué podrías mejorar en donde vives para que el papagayo quiera mirarnos desde las alturas?

Al regresar a casa, piensa en esto: Dondequiera que vivas, ahora que aprendiste a construir y volar un papagayo, date el tiempo, lectura tras lectura, de aprender a volar en forma propia, como mejor desees y con tus propias alas. Si aún no hallas el modo, ten paciencia y vuela con los ojos al leer y releer éste o cualquiera de tus libros favoritos. Nunca falla.



## Tus propias anotaciones

Este libro le pertenece a: _____
(escribe tu nombre)

Terminado de leer el: _____ de _____ de _____
(día) (mes) (año)

en _____.
(ciudad, estado o provincia, país)

¿De qué manera te gustaría aprender a volar?

¿Qué otros libros que hayas leído le recomendarías al abuelo? Por ejemplo, tal vez hayas tenido en tus manos la *Historia oral de Amarganth y de su biblioteca fabulosa*, de Bastian Balthazar Bux, o *El hundimiento del Colegio Possum: un enigma arquitectónico*, de Rodrigo Naps, o el megaclásico *A History of Magic*, de Bathilda Bagshot, o *Si el avestruz volara*, de Fer de la Cruz. Escribe una lista de tus recomendaciones:

¿Qué libro o libros tienes ganas de leer y buscarías en la biblioteca o ahorrarías para comprar o pedirías que te regalaran para Navidad o tu cumpleaños? ¿Alguno de los que recomiendan Gustavo o Áurea? (Si no hay en librerías, tal vez se pueda encargar en algunas de ellas o comprar en línea). Escribe una lista de regalos literarios o biblioteca potencial (o sea, la biblioteca que te gustaría tener):



## Acerca del autor

**Fer de la Cruz**

**E-mail:** delacrux@hotmail.com

Fer de la Cruz no sabe si todos podemos aprender a volar pero sí que todos podemos aprender a escribir. Es un poeta yucateco nacido en Monterrey, Nuevo León (México), en 1971. Maestro en español por Ohio University, es profesor fundador de la Escuela de Creación Literaria del Centro Estatal de Bellas Artes. Miembro del comité directivo de la biblioteca en lengua inglesa (Merida English Library) y del comité consultivo en Literatura, del patronato Pro Historia Peninsular (ProHispen). Ha publicado los siguientes poemarios, entre otros: en poesía lírica, *Osario* (2019), *Seven Songs of Silent Fireflies* (2008, 2019) y *Redentora la voz* (2010). En poesía para niños: *El corazón de Plutón y otras dulzuras* (2018), *Aliteletras. De la A a la que quieras* (2011, 2019) y *Si el avestruz volara* (2015, 2019). Su nombre completo es Luis Fernando de la Cruz Herrera pero no se lo digas a nadie.

# Índice


1. Las vacaciones de verano 11

2. El regreso a clases 25

3. El vuelo final 39

Glosario 53

Instrucciones efectivas para hacer el papagayo, cometa o papalote más sencillo con materiales reciclados 67

Instrucciones imprácticas para volar un papagayo 73

Tus propias anotaciones 75

Acerca del autor 77

# Editorial LibrosEnRed

LibrosEnRed es la Editorial Digital más completa en idioma español. Desde junio de 2000 trabajamos en la edición y venta de libros digitales e impresos bajo demanda.

Nuestra misión es facilitar a todos los autores la edición de sus obras y ofrecer a los lectores acceso rápido y económico a libros de todo tipo.

Editamos novelas, cuentos, poesías, tesis, investigaciones, manuales, monografías y toda variedad de contenidos. Brindamos la posibilidad de comercializar las obras desde Internet para millones de potenciales lectores. De este modo, intentamos fortalecer la difusión de los autores que escriben en español.

Ingrese a www.librosenred.com y conozca nuestro catálogo, compuesto por cientos de títulos clásicos y de autores contemporáneos.

CPSIA information can be obtained
at www.ICGtesting.com
Printed in the USA
LVHW041030240223
740259LV00005B/498

9 781629 154473